
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Burton Hare
EL TEMPLO DE SATAN



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

517 — Los colmillos del diablo. *Josep Berna*.

518 — El precio de un alma. *Clark Carrados*.

519 — Brindo por ti. muerte. *Ada Coretti*.

520 — Simposium del horror, *Adam Surray*.

521 — Terapia de shock. *Frank Caudett*.

BURTON HARE

EL TEMPLO DE SATAN

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 522

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4

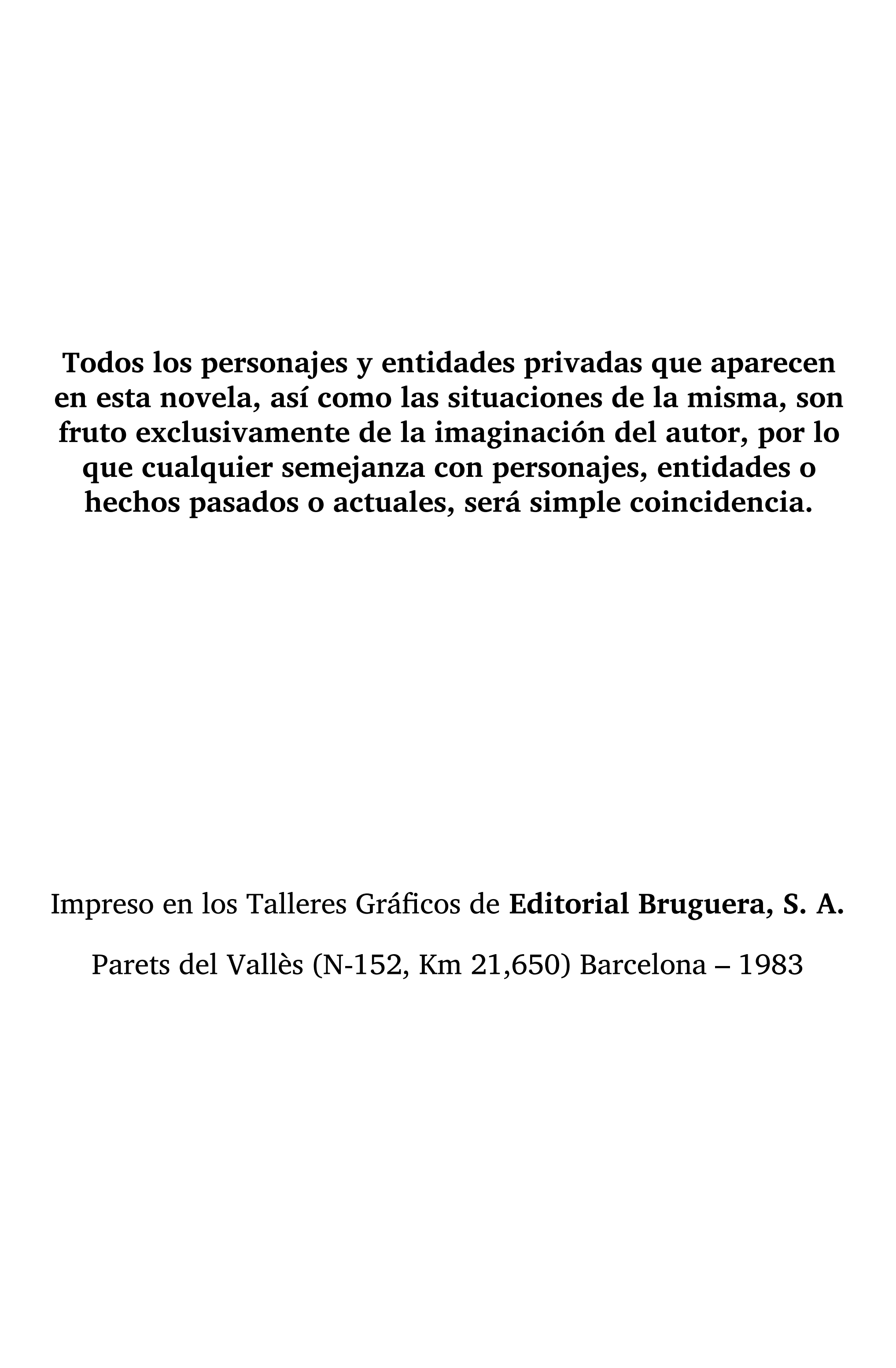
Depósito legal: B. 1.400 - 1983

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: en España: marzo, 1983

2ª edición en América: septiembre, 1983

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

EL QUE ESPERA

Yacía en la soledad de la muerte, en el vacío infinito de la nada desde los tiempos terribles de la maldición.

En el frío de una tierra maldita, que ni el calor del verano podía caldear.

En el frío del odio.

En el frío del olvido.

Esperando.

Siglo tras siglo.

Esperando.

Con la lluvia y el viento, con nieve y con sol, siempre esperando.

Cuando la lluvia empapaba la tierra, a veces, le llegaba la humedad esperanzadora, y el frío se agudizaba como una anticipación.

Pero la lluvia era vida. Vivificaba la tierra y los árboles, y las hierbas y los humus que daban vida y calor.

Para el que esperaba no era nada, porque lo que él aguardaba no era vida sino muerte.

Yacía en el infierno de la espera siglo tras siglo, y era un infierno helado, vacío y hueco.

¡Oh, cuando llegara al fin la liberación!

Cuando llegara la muerte…

CAPITULO PRIMERO

El taxi, un viejo y renqueante Hillman de los tiempos de la guerra, se detuvo en la plazoleta natural con un chirrido de frenos. El taxista gruñó, sin volver la cabeza:

—El resto del camino habrán de hacerlo a pie, tal como les advertí.

Los dos hombres que viajaban en el vehículo se apearon.

Una ligera neblina flotaba a ras del suelo, y casi a sus pies rompían, mansas, las olas del mar helado creando hermosos regueros de blanca espuma.

Ante ellos se extendía una lengua de tierra cubierta de gigantescas losas de piedra, formando una avenida que no tendría más de quince metros de ancho. A ambos lados de ella la espuma del mar saltaba sobre las piedras de las orillas, en las que crecía un musgo resbaladizo, espeso y de un verde oscuro brillante.

La neblina impedía ver la totalidad de la avenida, pero no ocultaba la masa ingente que se alzaba al final, y que, en definitiva, era la meta de su viaje.

El taxista, que no se había movido del asiento, dijo:

—Me deben dos libras y siete chelines.

Uno de los hombres se volvió hacia él.

—No comprendo su miedo a llevarnos hasta la casa. El coche puede recorrer ese paseo con toda seguridad.

—Ahora que la marea está baja, sí.

—Pero la marea no subirá hasta dentro de varias horas...

—Ya lo sé. Pero si tuviera cualquier avería en el trayecto... No, gracias. Este coche es un cacharro, pero es todo lo que tengo.

El otro hombre refunfuñó:

—Hay casi una milla hasta la isleta. Recorrerla a pie cargados con las maletas es una maldita broma. El coche podría ir y volver en sólo unos minutos. Le pagaremos el doble si...

El taxista estaba sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Cuatro libras —dijo—, no me pagarían otro coche si la marea se llevara éste. Además... No me gustaría quedarme en la isleta si tuviera una avería en el otro lado.

—¿Por qué? Nosotros vamos allí. Hemos alquilado la casa.

—Allá ustedes. ¿Me pagan el viaje, para que pueda regresar?

—Págale, Albert, y que se vaya al infierno —rezongó el más alto de los dos viajeros.

Sacaron sus maletas del coche. No parecían ser muy pesadas, pero sí engorrosas de llevar en una larga caminata.

El taxi giró, crujiendo y rechinando, y se alejó dando saltos por el camino desigual por el que habían llegado.

Albert Law masculló:

—Así se estrelle. ¿De quién fue la genial idea de instalarnos aquí?

—De Armand. Y déjame decirte que es el sitio ideal a pesar de los inconvenientes.

—Quizá sí...

Cargaron con las maletas y echaron a andar.

Caminar por encima de las resbaladizas losas de piedra no era una experiencia agradable. Las olas rompían a ambos lados, y el suelo estaba húmedo de modo permanente. Sobre todo en esa época en que el sol no tenía tiempo de secarlo después de cada marea.

A medida que avanzaban distinguían mejor la mole de roca que se alzaba al final del camino. La Isleta, como solían llamarla.

Sobre ella, aplanada, oscura y sombría, se erguía la casa.

Sólo que cuando estuvieron más cerca vieron que no era una casa como las demás. Ni siquiera tenía ningún parecido con el resto de edificaciones que poblaban la región norteña.

Era semejante a un pequeño castillo, o a una de esas iglesias góticas en desuso, solitarias y abandonadas, que existen en las regiones agrestes e inhóspitas de las que sus habitantes han desertado.

Albert Law soltó un juramento cuando pudo contemplar el antiguo monumento desde la base de la isleta.

—¡Maldita sea! Ese mausoleo será más frío que el Polo Norte. ¿Cómo infiernos puede nadie vivir ahí?

—Armand dijo que había leña en abundancia, y hay chimenea en todas las habitaciones. E! mismo trajo provisiones después de alquilar la casa, y un refrigerador a gas, así que tendremos algunas comodidades después de todo.

—Mira, Wolf, no me vengas con historias. Yo no voy a vivir ahí por muy conveniente que sea la situación de ese cementerio.

—¿Qué cementerio?

—Cementerio, mausoleo, castillo o como quieras llamar a esa maldita ruina.

Wolf Gray se echó a reír.

—¿Tienes miedo de los fantasmas?

—No me sorprendería que los hubiera, pero los fantasmas no me quitan el sueño. Son las incomodidades, no pienso vivir como un ermitaño.

—Ningún ermitaño tendría chicas en su retiro, y nosotros las tendremos de vez en cuando. Y dime si conoces un lugar más discreto que éste para organizar una buena orgía.

—Podría nombrarte diez sin tener que pensar mucho...

Empezaron a ascender el retorcido camino que se encaramaba por la agreste ladera de la colina. Incluso en el camino quedaba perfectamente señalada la altura que alcanzaban las aguas cuando subía la marea. Luego, más arriba de ese nivel marcado por la humedad y el musgo, las rocas estaban secas y el camino más liso y seguro.

Cuando llegaron al pie de los muros de la casa, Albert Law se quedó boquiabierto. Luego soltó una sarta de maldiciones en voz alta

que el viento se llevó, flotando hacia el mar.

Wolf dijo, riéndose:

—¿Qué te pasa? Vas a vivir en un palacio después de todo.

—¡Palacio, un demonio! Pero si eso parece un templo...

—Bueno, imagino que cuando lo construyeron debía ser medio residencia y medio templo. Aquellas gentes eran supersticiosas hasta el tuétano, fuera cual fuera su religión...

—¡Pero mira esa entrada! Es una barbaridad para ser la puerta de una casa.

La entrada estaba formada por un arco, flanqueado de columnas y salpicado por derruidas esculturas en relieve. El tiempo, el salitre del mar y los vientos las habían destruido casi en su totalidad y sólo podía adivinarse las vagas formas de cuerpos y cabezas sin facciones. Pero, sin la menor duda, semejaba la entrada a un viejo templo.

Wolf se echó a reír.

—Algún día buscaré la historia de esta monstruosidad, sólo para averiguar quién fue el chiflado que la mandó construir. Pero ahora estoy quedándome helado, así que saca las llaves y vayamos a encender un buen fuego. Los otros no llegarán hasta mañana.

La marea empezó a subir apenas ellos hubieron entrado en el sombrío caserón, dejándoles aislados como si fueran los únicos habitantes de un mundo muerto y sumergido.

CAPITULO II

Wolf despertó de súbito sintiéndose helado. Un escalofrío recorrió toda su piel.

Maldijo entre dientes. Se preguntaba qué le habría despertado, si el frío o cualquier ruido inusitado para él, un hombre de ciudad trasplantado a ese lugar desierto y extraño.

Un trueno estalló allá fuera, y el fulgor del relámpago casi le cegó antes del estruendo.

Eso debía haberle despertado, la tempestad. Dio un vistazo a la chimenea. El fuego se había extinguido y sólo brillaban, rojizas, algunas brasas mortecinas.

Se arrebujó en las mantas.

Entonces captó la extraña sensación que pugnaba por dominarle. Con un gruñido miró en torno. La habitación estaba sumida en tinieblas, no obstante, hubiera jurado que no estaba solo en ella.

—¡Maldita sea! —rezongó en voz alta—. Ni que creyera en fantasmas...

Dio la vuelta en el lecho. De cara a la ventana, el demoníaco resplandor de otro relámpago casi le hizo dar un brinco. El trueno estalló a! instante y los sucios cristales temblaron.

—Vaya noche —mascculló.

Trató de conciliar de nuevo el sueño. Empezaba a conseguirlo, cuando una vez más le asaltó aquella inquietante sensación.

Abrió los ojos, sobresaltado.

—¿Quién demonios está aquí? —dijo en voz alta—. ¿Eres tú, Albert?

No hubo respuesta alguna.

El añadió, cada vez más furioso:

—¡Si se trata de una broma, Al, te pondré la cara al revés…!

Silencio.

Acabó incorporándose en el amplio lecho hasta quedar sentado.

El chispazo de un relámpago barrió las tinieblas durante una fracción de segundo.

El cuarto estaba desierto, seguro.

Estalló el trueno. Los cristales tintinearon. El viento se levantó de pronto, violento, huracanado, precipitando las olas de la marea contra las rocas con estallidos que semejaban la explosión de una bomba.

Wolf buscó a tientas los cigarrillos en la mesita labrada que había al lado de la cama. Tomó uno y volvió a tantear en busca de las cerillas.

Algo frío, viscoso y húmedo rozó su mano. Dio tal brinco que quedó de pie fuera de la cama, estremecido, castañeteándole los dientes.

Con voz rota barbotó:

—¿Quién está ahí, qué broma es ésta?

Le respondió la voz de la tempestad que se estaba desatando en el mar, allá abajo, con estruendo aterrador para un hombre poco habituado a la naturaleza.

Mascullando entre dientes, Wolf tanteó entre sus ropas hasta encontrar la pesada pistola. La empuñó y corrió el seguro. Luego, furioso como un demonio, encontró las cerillas y encendió la vela que tenía en la mesilla.

La titilante luz esparció una ligera claridad por toda la estancia.

No había nadie, ni fantasma ni humano. Corrió a la puerta y comprobó que seguía cerrada.

Incluso se miró la mano, allá donde le había parecido notar aquel roce húmedo y nauseabundo. No había ninguna señal.

Nada.

Soltó un juramento. Se había asustado de una simple pesadilla.

—Como una mujerzuela —refunfuñó.

Tiritando de frío, avivó el fuego y le añadió un par de resecos troncos de roble, que empezaron a arder casi al instante.

El calor de las llamas le reanimó. Encendió por fin el cigarrillo y acercando una silla a la lumbre se quedó allí con las piernas extendidas hacia el fuego, calentándose mientras saboreaba el cigarrillo.

Era chocante lo que había sucedido. No lograba entender cómo en una pesadilla había sido capaz de experimentar aquella vivida sensación viscosa en la mano, como si hubiera rozado una serpiente.

—Es este lugar —murmuró—. Tal como dijo Al, parece un cementerio… un panteón gigantesco…

Oía el estruendo de la marea alborotada por el temporal. Las olas se estrellaban con tanto ímpetu que daban la sensación de romper contra los mismos muros del edificio.

Apuró el cigarrillo y, levantándose, fue hacia la ventana. Los cristales estaban increíblemente sucios. Intentó quitar el polvo para atisbas al exterior y lo consiguió a medias. Así pudo ver, a la luz de un relámpago, las aguas alborotadas rompiéndose en medio de crestas de espuma, contra el roquedal. Del paso de losas de piedra que unía la isleta con la tierra firme no quedaba el menor rastro, sumergido bajo las aguas.

Echó otro tronco al fuego, asegurándose de que ardería con seguridad, y volvió a acostarse. Apagó la vela de un soplo, y comenzaba a hundirse en el sopor del sueño cuando sonó el alucinante alarido.

Saltó de pie, arrojando las mantas a un lado, temblando. Atrapó la pistola de un zarpazo y corrió hacia la puerta.

El amplio pasillo era un pozo de tinieblas.

—¡Albert! —rugió.

—¡Wolf!

La voz de su socio sonó débil, desfallecida. Echó a correr hacia la

estancia que Albert Law había elegido como dormitorio y abrió la puerta de un puntapié, entró de un salto y movió la pistola en un arco que abarcó todo el cuarto a oscuras.

—¡Albert! ¿Qué diablos te pasa?

Oyó el jadeo de la respiración en el lecho. Luego, la. voz de su compañero dijo, casi ahogándose:

—¡Estaba aquí, Wolf... esa cosa...!

—¿De qué estás hablando?

Cerró la puerta y se aproximó a la cama. Encendió un cabo de vela y descubrió la cara gris de Albert que le miraba alucinado.

—¿Qué es lo que estaba aquí? —barbotó, furioso.

—No lo sé... se inclinaba sobre mí... cubierto de harapos.

—¿Qué?

—Fue sólo un instante, pero estaba aquí. ¡Te digo que lo vi!

—Tuviste una pesadilla, idiota.

—¡No fue ninguna pesadilla! Grité y le descargué un golpe... ¡Créeme, Wolf! Mi mano sólo golpeó el aire, a través de aquella cosa! Pasó a través de él...

—¿De quién?

Albert le miró. Tenía los ojos desorbitados,

—¿Tú crees que fue una pesadilla, Wolf?

—A menos que estés loco de atar no puede ser de otra manera. Yo también desperté con una sensación rara... pero fue cosa de la tempestad. Hay un temporal del demonio en el mar.

Albert se restregó la cara, calmándose poco a poco.

—¿Tienes un cigarrillo? —pidió.

—Están en mi cuarto.

Tiritando, Albert saltó de la cama y rebuscó entre sus ropas. La

habitación estaba helada.

Wolf se guardó la pistola en un bolsillo del pijama y durante los siguientes minutos estuvo muy ocupado encendiendo el fuego en la chimenea. Cuando las llamas se alzaron, esparciendo calor, se incorporó, sombrío.

—¿Sabes una cosa? —rezongó—. Ya no me parece tan buena idea instalarnos aquí.

—Tú eras el más entusiasmado con este proyecto.

—Ya lo sé.

—Entonces, estás diciendo tonterías. Si todo esto no es más que fruto de una pesadilla, el lugar sigue siendo el ideal para nuestro negocio.

Wolf sacudió la cabe/a, de espaldas al fuego. Un relámpago brilló más allá de la ventana, recortando un instante el rectángulo de cristales sucios.

Iba a hablar cuando el estampido del trueno ahogó su voz. Albert se estremeció.

—Pensándolo bien —dijo éste—, es una noche ideal para sufrir pesadillas. No me sorprendería lo más mínimo que apareciera un fantasma brotando de las paredes.

Albert aspiró el humo del cigarrillo esperando una respuesta de Wolf, pero éste parecía más sombrío que de costumbre y no replicó.

Sólo al cabo de unos momentos dijo, pensativo:

—Estaba pensando...

—¿Sí?

—Me gustaría estar seguro de que nadie ha cometido una indiscreción respecto a este negocio.

—No comprendo qué quieres decir con eso.

—Que si alguien se fue de la lengua... quizá no estemos tan solos como creemos aquí.

Albert arrojó el cigarrillo a la chimenea con un gesto brusco.

—Olvídalo —exclamó—. Lo que yo creí ver no era un ser de carne y hueso. Era una pesadilla cubierta de sucios harapos, y eso no es nada que pueda confundirse con un espía.

—Era sólo una idea. Me vuelvo a la cama... ¡Maldita sea mi estampa, qué noche!

Wolf regresó a su dormitorio sin poder explicarse por qué estaba tan inquieto. Se acostó y el resto de la noche lo pasó sumido en un sueño inquieto, interrumpido con frecuencia por el sordo estruendo de la tempestad.

Del horror que les acechaba aún no podía tener ni la sombra de una idea.

EL QUE ESPERA

Yacía en la soledad de la muerte, en el vacío infinito de la nada desde los tiempos terribles de la maldición.

En el frío de la tierra maldita, ya no estaba tan solo. Ahora, el frío del odio y del olvido hacían más soportable la espera.

Con la lluvia y el viento, con la tempestad rugiente que estremecía la tierra maldita, esperar era una anticipación, un ansia nueva.

Ahora sabía que no sería la lluvia lo que empaparía la tierra, que la humedad esperanzadora, hecha de frío y de muerte, haría que la maldición se cumpliera.

Porque esa maldición, el Mal, se agazapaban casi a su alcance.

Era como si oliera la muerte.

Como si ya oliera la sangre.

Ya no estaba solo.

CAPITULO III

Lucía un sol pálido y frío, la tempestad había amainado y el mar parecía hervir bajo las fuertes ráfagas de viento.

Desde el ventanal, Albert Law miraba con melancolía el paso que unía la isleta con la tierra firme, ahora de nuevo al descubierto al haberse retirado la marea. No obstante, y debido a las olas alborotadas, pensó que resultaría muy peligroso atravesarlo.

Se volvió. Wolf dormitaba derrumbado en una enorme butaca destartalada, delante de la chimenea encendida. Los reflejos de las llamas danzaban sobre la cara de su socio dándole un aspecto desagradable, casi demoníaco.

Law gruñó un juramento entre dientes, encendió otro cigarrillo y dijo:

—Ya deberían estar aquí.

Wolf Gray parpadeó.

—¿Decías...?

—A estas horas ya deberían haber llegado, eso es lo que decía. ¿Es que tú sólo piensas en dormir?

—Después de la maldita noche pasada, te aseguro que sí, muchacho.

—No fue nada divertido —reconoció Law con evidente disgusto.

—Supongo que se debió a ser la primera que pasábamos en este lugar. Impresiona, ¿eh?

—Y tú que lo digas... ¿Por qué diablos no habrán llegado ya?

—Tómalo con calma. Ellos vienen por mar, y el temporal debe haberles retrasado. La lancha no es ningún acorazado para aventurarse con ese tiempo.

De pronto, Law gruñó, cambiando de tema:

—¿Por qué crees que el taxista tenía tanto miedo de quedarse en la isla?

—No quería arriesgar su viejo cacharro.

—Eso era por el paso de piedra, pero parecía asustado sólo con pensar en quedarse aislado aquí.

—Vete a saber... supersticiones, supongo. Quizá el tipo cree en fantasmas, trasgos, brujas y cosas así. Y la verdad es que no se lo reprocho. El lugar es ideal para ver aparecidos.

Albert Law dijo entre dientes:

—Yo vi uno, anoche.

Wolf se echó a reír.

—Y a mí me tocó —replicó—. Ya te lo he contado, pero no fueron más que pesadillas. Este lugar impone, quiérase o no. Además, ni tú ni yo estamos acostumbrados a esta soledad, a ese ambiente extraño y solitario. Somos pájaros de ciudad, eso es todo.

Tras un silencio, Law propuso:

—¿Jugamos una partida?

—¿Tú y yo, solos? No me entusiasma la idea. Mejor demos una vuelta por ahí fuera, aunque sólo sea para conocer los alrededores.

A regañadientes, su socio le siguió.

El viento soplaba a ráfagas, algunas tan fuertes que les hacían tambalearse. Allá abajo, al fondo del roquedal, el mar alborotado rugía y se estrellaba contra las rocas con ímpetu frenético, y su estruendo semejaba el rugir de un monstruo.

Albert Law rezongó:

—De cualquier modo, es un lugar maldito éste. Me pregunto de quién sería la idea de construir el castillo aquí.

—Algún día lo averiguaré, sólo para satisfacer mi curiosidad. De todos modos, más que castillo, me parece que debía ser una especie de templo medieval, o abadía.

Contemplaron el impresionante panorama durante unos instantes y luego, encarándose con el ventarrón, echaron a andar hacia la explanada que rodeaba la sombría construcción por la parte norte.

Llegaron así a un semicírculo de grandes rocas. Más allá de aquella suerte de barrera crecían enmarañados matorrales, hierbas salvajes y desgarrados troncos de árboles muertos.

Entre la vegetación, podían verse también los restos de desmoronados de algunas lápidas.

Albert refunfuñó:

—No podía faltar en cementerio. ¡Maldita sea!

—¿Qué te pasa? Los monjes debían morir como todos los demás mortales, digo yo. No pensarás que iban a arrojarlos por el acantilado. Cuando uno muere, le entierran y se acabó. Ahora y antes.

—Sí, bueno...

Wolf coronó la barrera de rocas y, pisoteando las altas hierbas, se inclinó sobre una de las lápidas, caída sobre lo que debió ser la tumba.

—Szakos —dijo.

—¿Qué?

—Es todo lo que puede leerse. Lo demás, el tiempo lo ha borrado. Supongo que sería el nombre del fulano que metieron bajo tierra.

—Eso no es ningún nombre. ¡Szakos! Parece una blasfemia más bien.

—Todas están borradas. No se lee nada —Wolf iba de una lápida a otra movido por la curiosidad.

Albert rezongó:

—Larguémonos de aquí. Estamos perdiendo el tiempo.

—¿Tienes algo mejor que hacer? Lo que nos sobra es tiempo... ¡Eh, mira ésta!

—¿Qué pasa, es de alguien conocido? —masculló Law, fastidiado.

—¡De tu padre, idiota! Quiero decir que en ésta sí puede leerse algo más...

Albert Law no replicó, ocupado con su intento de encender un cigarrillo contra el viento.

De modo que Wolf deletreó lo que descubría en la única lápida que se sostenía en pie:

—Zirkayan No... muerto. Mil setecientos... El resto es imposible. ¿Qué te parece?.

—¿Qué?

—¿No me has oído?

Law había conseguido prender el cigarrillo y exhaló una bocanada de humo que se desmenuzó en un segundo llevado por el viento.

—Otro nombre idiota —refunfuñó—. Zirkayan. ¿Qué idioma es ése?

—Maldito si lo sé. Pero dice que no está muerto.

—Aprende a leer. Nadie puede grabar algo tan imbécil en la lápida de un cementerio.

—Ven aquí y echa un vistazo si no lo crees.

—¡Al diablo! Mi interés no llega a tanto. Me vuelvo a la casa.

Rezongando, Wolf se abrió paso entre los matorrales y siguió a su compañero.

—A veces me pregunto si tienes algo en la cabeza —comentó cuando estuvo a su lado—. No hay nada que te interese en este mundo, excepto las mujeres.

—Y la pasta.

—¿Qué?

—Libras esterlinas. O dólares, tanto da. Eso sí me interesa también. Pero las lápidas de un cementerio me dejan frío.

—Ese es un buen chiste.

Law le dirigió una mirada atravesada. Luego gruñó:

— Tú eres idiota, Wolf. Te las das de intelectual, y eres una basura como yo en ese aspecto. Creciste en el Soho y te revolcaste en la misma mierda que yo hasta encontrar ese negocio. así que no me vengas ahora con pretensiones.

Wolf soltó un bufido, pero acabó .encogiéndose de hombros y ya no hablaron más hasta estar guarecidos del viento, dentro de la fortaleza.

Avivó las mortecinas brasas de la chimenea, fue a servirse medio vaso de whisky y, sentándose ante la lumbre, dijo:

—Cuando esto termine, Al, me largaré.

—Bueno.

—Al sur de Francia. Ya lo tengo pensado.

—¿Por qué allí precisamente?

—Por el clima. Tendré dinero suficiente para no preocuparme en mucho tiempo, de modo que todo lo que haré será tumbarme al sol como un lagarto y contemplar mujeres desnudas.

Albert se echó a reír.

—¿Quién es ahora el que sólo piensa en mujeres? De todos modos, no las verás desnudas en la playa. Ni allí las dejan pasearse en cueros.

—Yo sé lo que quiero decir.

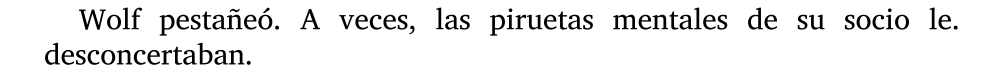
—Tú estás chiflado. Ver mujeres desnudas en una playa, aunque las hubiera a montones, no te llevaría a ninguna parte.

—Tú hablas mucho pero no sabes nada de nada. Toda tu experiencia se limita a las busconas del Soho, así que cierra el pico y déjame en paz.

Albert siguió riéndose y luego acabó con un encogimiento de hombros.

Fue hacia el ventanal y encendió un cigarrillo, de espaldas a su compañero. Como si hablara para sí mismo gruñó:

— De cualquier modo, hay que hacer algo más que mirarlas.



Wolf pestañeó. A veces, las piruetas mentales de su socio le. desconcertaban.

—¿De qué hablas?

—De mujeres.

—¿Quién está chiflado ahora?

—Hay que obligarlas a hincar la rodilla, o de lo contrario le destruyen a uno… se apoderan de él, de su voluntad y le convierten en una ruina. Entonces, le arrojan a la basura y siguen riéndose de él hasta encontrar otro incauto.

Wolf le contemplaba con la boca abierta, tan asombrado que tardo un poco en replicar:

—¿Es eso lo que hicieron contigo?

—¡A mí ninguna me hizo nada!

—Quizá sea eso lo que te duele —se burló Wolf.

La ira chispeó un instante en los ojos helados de su compañero, pero antes que éste pudiera responderle de mala manera, una voz, en alguna parte, gritó algo y los dos se quedaron paralizados de estupor…

Porque había sido la voz de una mujer.

CAPITULO IV

Wolf exclamó:

—¡Hay alguien ahí fuera!

Albert ya se dirigía a la puerta casi corriendo. Una voz de mujer en aquellas soledades era como para preocuparse, sobre todo, después de lo que estuvieran hablando un minuto antes.

Wolf le atrapó cuando se disponía a abrir el pesado portón de la entrada.

—¡Espera un minuto! —gruñó.

—¿Qué he de esperar? Si hay una fulana aquí no esperes que la desperdicie.

—Tienes grandes ideas cuando se te calientan los cascos. ¿Cómo sabes que es una fulana, o que está sola, o que no ha venido siguiéndonos el rastro? No sabes nada de nada.

Albert le dirigió una mirada capaz de atravesar una pared.

—Has leído demasiadas novelas de espionaje. ¿Cómo podría seguirnos una mujer hasta aquí, y por qué? No será para acostarse con un ave fría como tú...

Wolf soltó un juramento.

Allá fuera, mucho más cerca, la voz femenina repitió:

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí?

Albert giró la gruesa llave en la cerradura, corrió el mohoso cerrojo a un lado y abrió la puerta a tirones. Apartó a su compinche de un empujón y salió fuera.

Se quedó sin aliento al ver a la joven que le miraba, tan asombrada como él mismo.

Era alta, tenía un cuerpo prieto de pechos grandes y agudos, caderas redondas y largas piernas de muslos prietos, que el vestido empapado de agua delineaba como si estuviera desnuda.

Detrás de Albert Law, Wolf salió y quedóse mirando la hermosa aparición como si no diera crédito a sus ojos.

Ella dio unos pasos, ahora titubeando.

—Bueno, pues sí hay alguien…

Su voz sonó de nuevo por encima del rumor del mar y el viento. Era una voz viva, sensual, con un tono quizá demasiado ronco.

Albert barbotó:

—¿Quién es usted, qué hace aquí?

Ella señaló el escarpado risco.

—La motora… se averió ahí abajo. Apenas pude llevarla a tierra.

—Una motora… ¿Ha venido usted sola?

—Naturalmente. Salí a probarla, ¿sabe? La compramos hace una semana, pero el temporal me impidió hacer ninguna prueba con ella hasta hoy. Bueno, fue una estafa lo que nos cobraron.

Los dos socios cambiaron una mirada.

Ella añadió:

—No quisiera causarles problemas, pero sí les agradecería que me dejaran secarme un poco… estoy helada.

Wolf soltó un bufido.

—Claro —dijo—, hay fuego encendido dentro. Venga, podrá arreglarse, aunque carecemos de casi todo. Nos instalamos aquí ayer y no han llegado los equipajes.

Albert se preguntó por qué su socio soltaba tantas tonterías. Lo único importante era que la mujer entrara en el caserón.

Y entró. Caminando como si flotara en el aire, pasando entre los dos hombres y dejando tras sí una estela de sensualidad que les secó la garganta, pero entró y se quedó mirando, atónita, el impresionante

decorado barroco de la construcción.

—¡Caramba, esto parece un convento...!

— Debió serlo en otro tiempo.

Ella se volvió hacia Albert, a tiempo de sorprender la obscena mirada de éste clavada en sus muslos. Esbozó una mueca y preguntó:

—¿Dónde está ese fuego de que hablaron antes?

A los dos hombres se les antojo que su voz se había enfriado casi tanto como la temperatura exterior.

Wolf la guió hasta el salón donde crepitaban las llamas en la chimenea.

Estremeciéndose, tendió las manos hacia las llamas. El calor la envolvió y la vieron relajarse poco a poco, como si el cambio de temperatura lo cambiase todo alrededor.

No obstante, su aspecto turbador no varió en absoluto. Las ropas pegadas a su magnífico cuerpo lo dibujaban con tanto detalle que resultaba mucho más excitante que si estuviera desnuda.

Albert Law, fascinado, era incapaz de apartar sus turbios ojos de aquellos muslos redondos y firmes, o de los agudos pezones que se dibujaban a través de la tela.

Al lado de él, Wolf comenzaba a preocuparse. Conocía a su compinche demasiado bien.

Sin mirarles, ella murmuró.

—Estaba helada...

—¿Qué pasó con su barca?

—No lo sé. De pronto el motor se paró y no hubo manera de que arrancara de nuevo. Afortunadamente, llevaba un cabo de cuerda. Nadé hasta las rocas llevándola conmigo y desde allí pude tirar hasta amarrarla allá abajo.

—Se arriesgó mucho saliendo sola en esta época.

—Generalmente soy buena marinera —sonrió la joven, dándose la vuelta para que el calor acariciara su espalda.

Sus ojos inquisitivos se pasearon de uno al otro de los dos hombres, como valorándolos. No pareció gustarle lo que veía.

—Cuando me haya secado un poco me iré —dijo—. Podré llegar a tierra firme antes de que empiece a subir la marea.

Albert estaba a punto de decirle que no había ninguna prisa, pero Wolf habló de nuevo.

Dijo con una fría sonrisa:

—Quizá podamos arreglar el motor de su lancha. Fui mecánico de coches hace muchos años… y Albert es también muy hábil para estas cosas. A propósito, me llamo Wolf Gray, y mi compañero Albert Law.

—Yo soy Jane Hazel. Vivo en Brokensdale y hasta ahora nadie sabía que vivieran ustedes aquí.

—Ya le dije que nos instalamos ayer. ¿Dónde dejó la motora?

Por un instante, ella pareció titubear. Luego, con un leve encogimiento de hombros, explicó:

—Al pie del sendero que se encarama por las rocas, casi junto donde termina el paso de losas.

—Le daré un vistazo. Entretanto, mi compañero la atenderá. Tenemos whisky si quiere reanimarse.

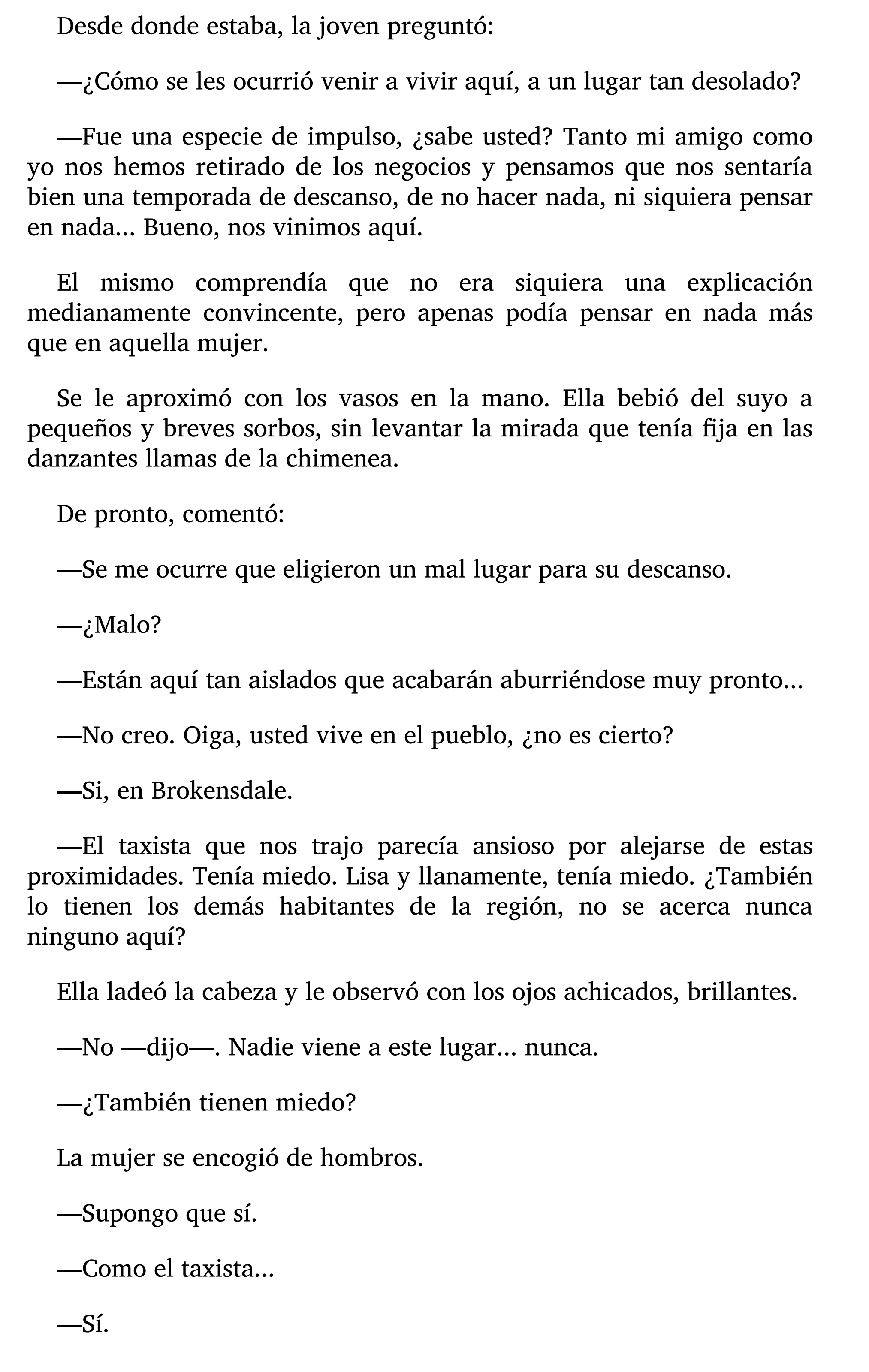
Abandonó la estancia sin esperar que ella diera su conformidad. Albert carraspeó y tras unos instantes de silencio aproximó su sillón a la joven, murmurando:

—Siéntese… póngase cómoda. Prepararé unos tragos.

Ella se dejó caer en la rígida butaca y extendió sus largas y hermosas piernas hacia la lumbre.

El hombre se apartó para llenar dos vasos de whisky. Desde donde estaba veía la revuelta cabellera asomando por encima del respaldo. Era un cabello largo, negro y hermoso. Lo imaginó desparramado sobre una almohada. Siguió imaginando el resto del prieto cuerpo tendido en una cama y sintió que se le nublaban los ojos. Todas las fibras de su cuerpo se estremecieron.

Pensó que nunca antes había poseído una mujer tan bella.



Desde donde estaba, la joven preguntó:

—¿Cómo se les ocurrió venir a vivir aquí, a un lugar tan desolado?

—Fue una especie de impulso, ¿sabe usted? Tanto mi amigo como yo nos hemos retirado de los negocios y pensamos que nos sentaría bien una temporada de descanso, de no hacer nada, ni siquiera pensar en nada... Bueno, nos vinimos aquí.

El mismo comprendía que no era siquiera una explicación medianamente convincente, pero apenas podía pensar en nada más que en aquella mujer.

Se le aproximó con los vasos en la mano. Ella bebió del suyo a pequeños y breves sorbos, sin levantar la mirada que tenía fija en las danzantes llamas de la chimenea.

De pronto, comentó:

—Se me ocurre que eligieron un mal lugar para su descanso.

—¿Malo?

—Están aquí tan aislados que acabarán aburriéndose muy pronto...

—No creo. Oiga, usted vive en el pueblo, ¿no es cierto?

—Si, en Brokensdale.

—El taxista que nos trajo parecía ansioso por alejarse de estas proximidades. Tenía miedo. Lisa y llanamente, tenía miedo. ¿También lo tienen los demás habitantes de la región, no se acerca nunca ninguno aquí?

Ella ladeó la cabeza y le observó con los ojos achicados, brillantes.

—No —dijo—. Nadie viene a este lugar... nunca.

—¿También tienen miedo?

La mujer se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—Como el taxista...

—Sí.

—Bueno, ¿miedo de qué?

—Lo ignoro. Son gente supersticiosa. Supongo que creen en las viejas leyendas que envuelven la Isleta, como creen en premoniciones, aparecidos, cosas así, ya sabe.

Albert arrugó el ceño.

—Por lo visto, usted no comparte sus temores.

Ella se puso rígida. Fue sólo un instante. Se relajó inmediatamente y esbozó una sonrisa.

—Pertenezco a otra generación —exclamó con voz forzadamente alegre—. Además, sólo paso cortas temporadas en el pueblo.

—Entiendo.

Pero lo cierto era que Albert estaba muy preocupado.

Vació su vaso y dejándolo a un lado encendió un cigarrillo. Le ofreció otro a ella, pero la chica negó con un gesto.

El silencio se prolongó casi un minuto, hasta que ella lo rompió al preguntar:

—¿Cree que su amigo podrá arreglar la motora?

—Cualquiera sabe. Wolf fue un buen mecánico, pero hace muchos años que no toca un motor. De todos modos, aquí está usted a salvo, no necesita preocuparse.

—Pero he de regresar antes de que empiece a subir la marea y cubra el paso hasta tierra firme.

—¿Qué prisa tiene?

La mujer se inclinó un poco hacia el fuego, las manos tendidas ante ella y la mirada fija en las llamas. Con voz neutra murmuró:

—No quisiera quedarme aquí, de noche.

—Vamos, vamos, no me diga que ahora también usted comparte los temores de esos patanes.

Jane Hazel irguió la cabeza vivamente.

—No son patanes, señor —dijo con voz helada—. Y aunque yo no comparto sus supersticiones, no voy a pasar la noche aquí.

—No quise ofender sus sentimientos… fue sólo una manera de hablar.

Antes de que ella pudiera replicar, la voz de Wolf, desde la puerta, dijo con tono sombrío:

—Usted va a quedarse aquí esta noche… y quizá muchas otras noches.

Albert se volvió en redondo, mientras la joven se levantaba, rígida.

Wolf avanzó. Tenía los pantalones húmedos de agua y las manos manchadas de grasa. Pero lo que preocupó a su socio fue la furiosa expresión de su cara y la mirada iracunda de sus ojos.

—¿Por qué? —inquirió, intrigado.

—La motora no está averiada. La había averiado de un modo chapucero por si alguien le daba un vistazo. La avería no fue otra cosa más que un pretexto para presentarse aquí y espiar. ¿No es cierto, encanto?

—¿Espiarnos? —barbotó Albert—. ¿Quieres decir que esta zorra ha venido aquí para espiarnos?

—Ni más ni menos.

Rechinando los dientes, Albert Law se volvió en redondo. Fue algo visto y no visto. Su mano volteó con la velocidad del rayo y el dorso retumbó contra la cara de la muchacha con un ruido semejante a un pistoletazo.

Jane Hazel cayó de espaldas, golpeó con la cabeza un ángulo de la chimenea y perdió el conocimiento.

Los dos socios quedaron mirándose como si nunca antes se hubieran visto, como dos extraños. Luego, los dos se acercaron a la desvanecida mujer que venía a complicarlo todo.

CAPITULO V

—¿Para quién crees que trabaja? —rechinó Albert entre dientes.

—Ella nos lo dirá.

Albert se volvió hacia la desvanecida muchacha. Al caer, sus mojadas ropas se habían arremolinado, y ahora mostraba al descubierto los muslos firmes y redondos, apretados, juveniles. Sintió la turbia ansia del deseo apoderarse de él y apenas si se entendió una palabra cuando dijo:

—No sabes cuánto me alegro…

—¿De qué te alegras, idiota, de que tengamos un negocio de millones de libras en el alero?

—No lo entiendes. Nunca lo entenderás porque no sabes nada de mujeres.

Wolf emitió un sonido inarticulado.

Luego barbotó:

—Eso, justamente ahora piensa en eso. No vale la pena de preocuparse por unos cuantos millones. ¡Qué va! ¿Qué son unos miserables millones de libras, al lado de una mujer en la cama?

Albert le dirigió una mirada atravesada.

La muchacha gimió entre dientes. Tras unos intentos fallidos acabó sentándose en el suelo, al lado de la chimenea.

Les miró con ojos en los que chispeaba la ira.

Wolf gruñó:

—Empieza a hablar, y no te quedes nada en el buche. Quién te mandó meter la nariz aquí?

—Ustedes están locos. La motora se averió, ésa es la única verdad.

—Sigue por ese camino y verás lo que te ocurre. Lo de la motora fue una chapuza que no habría engañado a nadie.

—Eso es lo que usted dice.

—Y sé muy bien de qué hablo, así que cuanto antes comprendas cuál es tu posición antes habremos terminado. Ya puedes imaginar lo que te espera si no hablas por las buenas.

Albert barbotó:

—Ahí te equivocas. No creo que pueda imaginar siquiera lo que pienso hacer con ella.

Los ojos helados de la muchacha giraron hacia él. Expresaban un cierto temor, pero también un desprecio infinito.

Dijo con voz tensa:

—No es difícil saberlo. Todos los degenerados tienen los mismos instintos.

Albert pegó un respingo.

—Degenerado o no, te aseguro que vamos a divertirnos en grande tú y yo.

Wolf soltó un bufido.

—Deja eso, todo lo que nos interesa es saber quién está detrás de ella y qué es lo que pretenden.

—Eso puedo adivinarlo sin ayuda de nadie. Quieren quedarse con el negocio, nada más.

—De acuerdo, quizá ésa sea la idea general. Pero, ¿quién, maldita sea?

—Ya lo oíste, pequeña zorra. ¿Quién?

Ella sacudió la cabeza.

—Ni siquiera sé de qué me hablan.

Albert dio los pasos que le separaban de la mujer. Se detuvo junto a ella, erguido, la mirada turbia fija en la crispada cara que le contemplaba desde el suelo.

Repentinamente, como si descargara un zarpazo, atrapó un puñado de tela de la blusa y dio un salvaje tirón. La tela se desgarró y el mismo impulso arrojó a la muchacha dando tumbos hasta el pie de la butaca.

Cuando volvió a sentarse en el suelo tenía los senos al descubierto, sólo velados por un apenas visible sujetador de encajes.

—No creo que vayas a necesitar ropas nunca más, así que tanto da romperla antes como después...

Wolf le apartó de un empujón.

—No seas bestia. Si habla la dejaré marchar por donde vino, así que déjala en paz.

—No creo que hable... ¿Verdad que no, pequeña zorra? Tú necesitas un buen tratamiento y yo soy el encargado de dártelo...

—Usted no es más que un loco degenerado.

Albert rió. y ahora lo hizo casi fuera de control. La visión de los pechos jadeantes de la mujer, tirada allí como esperando que él le saltara encima era demasiado para su turbio cerebro.

Wolf intervino una vez más, enfurecido:

—¡Aparta, maldita sea tu alma! No hemos venido a divertirnos, de modo que si quieres revolearte en una cama lo harás tú sólo si ella colabora. Nadie jugará con mi dinero, métete eso en la cabezota, si es que te cabe algo en ella.

Albert miraba a la muchacha igual que fascinado, como si no oyera a Wolf. o como si Ia voz de éste fuera el zumbido del viento y no tuviera la menor importancia.

Pero sí le había escuchado. Dijo:

—¿Oíste eso, nena? Si colaboras, este caballero de la tabla redonda impedirá que yo haga contigo lo que te mereces... Pero sólo si colaboras. Y tú no vas a colaborar, ¿verdad que no9 Tú eres una mujercita lista con grandes ideas en el coco...

Jane Hazel se irguió poco a poco. Acabó levantándose y apoyó la espalda en la repisa de la chimenea. No parecía importarle en absoluto mostrar los pechos en toda su agresiva plenitud.

—¿Por qué no le pones un bozal? —preguntó desdeñosamente.

Albert levantó la mano. Su mirada parecía despedir chispas.

Wolf le atrapó antes que volviera a golpearla.

—¡Quieto, idiota! Déjame a mí…

Wolf le empujó sin contemplaciones hasta ocupar su lugar delante de la joven. La contempló aprobadoramente durante unos instantes. Sonrió sin pizca de humor.

—Eres todo un monumento, y lo sabes —comentó sin el menor entusiasmo—. Puedo comprender a Albert perfectamente, pero yo no pierdo la cabeza por una mujer cuando están ventilándose tantos millones, de modo que seamos sensatos. ¿Quién te envió a espiarnos?

Ella suspiró.

—Vine por accidente, tal como le dije.

—O estás loca o crees que soy idiota. Te repito que he visto el truco del motor de la lancha.

—No fue ningún truco. Se averió.

Wolf sacudió la cabeza.

—Bien, tal vez Albert esté en lo cierto y lo que tú necesitas es que alguien te ablande un poco. De cualquier manera acabarás por contarlo todo, de un modo o de otro, aunque tenga que arrancarte las uñas una a una. No permitiré que pongas en peligro la oportunidad de mi vida sólo porque tienes una cara bonita y un cuerpo espléndido.

—¿De veras soy así?

Parecía haber recobrado la serenidad. Tenía las manos a la espalda dejando que el calor del fuego las calentara, y estaba erguida sobre sus firmes piernas. Realmente, era una imagen como para encandilar a cualquier hombre.

Sólo que Wolf no pensaba en ella como mujer, sino sólo como un riesgo para su fortuna.

De modo que gruñó:

—Está bien, Albert, haz lo que quieras con ella.

Su socio se restregó las manos lleno de entusiasmo. Sus ojos turbios no se apartaban de la muchacha y cuando avanzó hacia ella gruñó con voz ronca:

—Tenías que haber empezado por eso… y ahora estaría hablando más que una cotorra… Verás lo divertido que…

Nunca terminó. Ella dio un paso a un lado y volteó la mano derecha. Demasiado tarde, los dos hombres comprendieron que la habían menospreciado.

En la mano enarbolaba un atizador de la chimenea, largo y afilado, que zumbó al cortar el aire. Luego, golpeó en un costado de la cabeza de Albert, hubo un estallido de sangre y el rufián se fue dando tumbos hasta tropezar con Wolf y ambos cayeron en medio de un revoltijo de brazos y piernas.

La muchacha saltó hacia la puerta, corriendo con la ligereza de su juventud.

Wolf arrojó el cuerpo de Albert a un lado. Arrodillado en el suelo examinó la terrible grieta en el cráneo de su socio y no pudo evitar un escalofrío. La sangre saltaba a borbotones.

No se entretuvo en averiguar si estaba muerto o vivo. Ahora, Wolf estaba loco de furor. Una ira fría y turbulenta parecía adueñarse de todas sus facultades, de todos sus sentidos.

Corrió hacia la puerta. Tan pronto atravesó el umbral le azotó una corriente de aire helado y supo que ella había conseguido abrir el portón y escapar.

Rugiendo entre dientes atravesó el portón de la entrada, ajeno al viento frío y al rugido del mar que azotaba el roquedal. La marea comenzaba a subir y las primeras olas lamían el paso que unía la Isleta con la tierra firme.

No vio el menor rastro de la muchacha, así que voló materialmente hacia el borde del acantilado, allí donde se iniciaba el descenso hacia donde estaba la motora.

Ella no estaba allí. No había intentado descender el peligroso camino.

Rodeó el edificio y al fin la vio en el instante en que brincaba por encima del círculo de grandes piedras que cercaban el desolado

cementerio. Corrió tan velozmente como le permitieron sus desentrenadas piernas y saltó como un gamo por encima de la pared derruida.

Antes de que sus pies tocaran el suelo al otro lado, el atizador manejado por la muchacha zumbó sobre su cabeza. Wolf, demasiado tarde, comprendió su error...

Intentó esquivar el golpe y lo consiguió sólo a medias. En lugar de golpearle el cráneo, cayó sobre su hombro con un dolor de infierno, lacerante y agudo. Sus piernas se doblaron y trastabilló, mientras la ágil muchacha volvía a alejarse, veloz, entre los matorrales y las lápidas.

Ciego de cólera, Wolf fue tras ella dominado por las ansias de matar. Un dolor insufrible le torturaba y apenas si podía mover el brazo izquierdo.

Ella se alejaba. Era apenas una fugaz silueta entre la agitada vegetación, la niebla arremolinada y el pálido gris de las viejas lápidas.

Nunca podría alcanzarla... era demasiado veloz para él. Y el dolor le restaba facultades...

Hundió la mano en la axila y empuñó la pistola. Levantó el brazo rechinando los dientes y disparó dos veces casi simultáneas.

La silueta huidiza de la muchacha se detuvo en seco. Vaciló, volviéndose poco a poco. El atizador de hierro escapó de sus dedos sin fuerzas y al fin, bruscamente, se derrumbó de bruces.

Jadeando, maldiciendo en voz alta, Wolf llegó hasta ella con la pistola aún empuñada. Inclinándose, dio vuelta al cuerpo y contempló la cara, ahora lívida, de la mujer que acababa de matar.

—¡Maldita zorra del demonio! —rezongó.

Sus piernas temblaban. Enfundó la pistola y se restregó la cara con un gesto de furor. La sangre brotaba de la espalda de la mujer empapando la tierra.

Distraídamente. Wolf dio un vistazo a la medio caída lápida que había a un lado.

La semiborrada inscripción rezaba:

«Zirkayan. No muerto .. Mil setecientos...

EL QUE ESPERA

Yacía en la soledad de la muerte que no era muerte, pero en el vacío infinito de la nada ya no estaba solo.

La tierra maldita ya no era fría, y el odio vencía al olvido porque terminaba la espera.

El Mal, al fin, llegaba como una ansiada liberación.

Poco a poco, la roja humedad se convertía en esperanza, se filtraba en la tierra en medio del aullido del viento y el rugido del mar, como un torrente de fuego que diera calor al frío de los siglos.

Era un torrente de sangre.

Era la Muerte.

CAPITULO VI

El dolor arrancó una soez blasfemia a Albert. Sin hacerle caso, Wolf continuó vendándole la cabeza hasta dejársela envuelta con un burdo turbante hecho de trozos de sábanas.

La cara de Albert Law estaba gris, y las manchas de sangre seca le daban un aspecto sucio y macilento.

—No te mató de milagro —comentó su compañero.

—Y tú, no debiste matarla a ella. Ahora nos hemos quedado sin saber quién la envió aquí.

—¿Qué querías que hiciera, dejarla que escapara? No podía alcanzarla, corría como el viento. Y el golpe casi me había roto la clavícula... aún me duele como el demonio.

—Me hubiera gustado que...

No dijo más. Sus turbios pensamientos giraban por unos derroteros que enfurecían a Wolf, así que calló y éste dijo:

—Habrá que enterrarla. No podemos exponernos a que alguien aparezca por estos alrededores y la encuentre con dos balazos en el cuerpo.

—Podemos arrojarla por el acantilado y nos ahorramos un montón de trabajo.

—Eso, y que el mar la lleve a la costa. ¿Qué tienes en lugar de sesos, si es que tienes siquiera algo en la cabeza? Si la encuentran en la costa no les será difícil saber de qué murió.

—Ya veo...

—Hay que enterrarla.

Albert asintió. La cabeza le dolía de un modo insufrible. Se encontraba muy mal y la idea de enterrar a la mujer le causaba casi

otro dolor, tanto por el esfuerzo que significaba, como por el hecho de que había perdido la oportunidad de hacer con aquella zorra lo que imaginara.

Wolf añadió:

—Lo malo es que apenas puedo valerme con este brazo…

Albert dijo:

—No te rompió ningún hueso, es sólo el golpe. Se te pasará pronto.

Encendió un cigarrillo y sirviéndose una abundante dosis de whisky añadió:

—Habría que advertir a los demás de que alguien sabe lo nuestro.

—No hay modo de hacerlo hasta que lleguen.

—¿Y cuándo llegarán? Ya deberían estar aquí hace horas.

—El temporal debió retrasarlos.

Wolf se escanció también una gran cantidad de licor y lo bebió glotonamente. Albert avivaba el fuego, añadiendo un par de troncos más.

El silencio se extendió por la estancia, un silencio relativo porque hasta allí llegaba el sordo rumor del mar y el silbido lúgubre del viento.

De pronto Wolf gruñó:

—Lo haremos antes que oscurezca.

—¿Qué?

—Enterrarla.

—¿Has pensado cómo vamos a cavar una tumba sin herramientas?

—Debe haberlas en alguna parte. Aunque sólo sea con una pala será suficiente, porque no necesitamos cavar un pozo, sólo una zanja lo bastante profunda para que la cubra.

Wolf apuró su whisky y abandonó la caldeada estancia.

Rezongando. Albert se dejó caer sobre un sillón, delante de la chimenea. Pensaba en la mujer, en sus muslos, en aquellos senos desafiantes y puntiagudos; en todo aquel cuerpo ahora muerto y en lo que había perdido con esa muerte.

Se excitaba sólo con sus pensamientos. Para sus adentros maldecía a Wolf por haberla matado. Y ahora había que enterrarla, como una burla de! destino, como un escarnio a todo lo que hubiera podido ser y no era.

Su socio regresó quince minutos más tarde cargado con una mohosa pala y un herrumbroso pico.

—Hay un montón de herramientas en un cobertizo, detrás de la cocina —explicó.

—Sigo pensando que nos ahorraríamos mucho trabajo tirándola por el acantilado. El mar se encargaría de hacerla desaparecer.

—O no, vete a saber. La enterraremos.

Albert resopló, pero cerró la boca.

Tras un silencio. Wolf añadió:

—Después de todo, ya está en el cementerio. Ella misma fue a hacerse matar allí.

Albert le miró de mala manera. El no tenía ganas de bromas, con el lacerante dolor de la cabeza, y la flojedad que sentía en las piernas.

Wolf dio un vistazo a través de la ventana. Estaba oscureciendo rápidamente y se alzaba una niebla gris espesa que el viento arremolinaba en oleadas.

—Vamos, será de noche dentro de poco.

Albert se levantó a regañadientes, siguiendo al otro hacia el portón.

Fuera, la visibilidad se reducía a unos pasos de distancia. La humedad de la niebla les llegó a los huesos en un instante y ambos se estremecieron.

El pequeño y desolado cementerio estaba inundado por la niebla. Saltaron por encima de las rocas que formaban el muro y al instante los dos se detuvieron en seco, estupefactos.

Albert gruñó:

—¿Qué diablos pasa aquí, Wolf?

—No hay viento… es la cosa más extraña que he visto en mi vida.

Volviéndose, Albert señaló el camino por donde había venido. La niebla seguía arremolinándose con cada ráfaga de viento más allá del derruido muro.

— A este lado, ni un soplo —exclamó—. Parece como si una pared lo rodeara por todas partes.

—Y este silencio… tampoco es normal. No lo entiendo.

—Bueno, es un fenómeno de la naturaleza. Acabemos de una vez. Estoy helado.

Caminaron por entre los matorrales y las lápidas, que ni siquiera distinguían ocultas por el manto de niebla que flotaba a sus pies.

Una niebla quieta, inmóvil. Como muerta. Como un sudario.

Albert habló, y su voz se alzó extrañamente fuerte en aquel incomprensible silencio que les rodeaba. Dijo:

—¿Dónde cayó, lo recuerdas?

—Seguro, ahí delante, al lado de una lápida.

—No veo nada…

—La niebla debe cubrirla, pero es ahí mismo.

Se detuvieron al fin. A sus pies, la niebla continuaba cubriendo el suelo. Apenas asomaba algún que otro matorral. Aquí y allá se distinguía confusamente la mancha más clara de alguna lápida caída.

Absorto, Wolf gruñó:

—Recuerdo que quedó al lado de una lápida inclinada… creo que era la única que se conservaba más o menos en pie a todo alrededor.

—Aquí no hay ninguna lápida en pie.

—Tiene que estar aquí… era la lápida aquella de la inscripción idiota, de alguien que no estaba muerto o algo así.

—Bueno, buscaremos… aunque la cubra la niebla tiene que verse.

—Yo apenas veo mis manos. Esto cada vez está más oscuro.

—¡Maldita sea, no puede estar lejos!

—¿Estás seguro que murió?

—Me aseguré. Nadie vive con dos plomos del 38 Magnum en la espalda. Tenía unos boquetes de salida por los que cabía un puño.

—Está bien, está bien, te creo. Pero aquí no está.

Las sombras caían cada vez más densas, oscureciendo la niebla y la quietud, el silencio y la desolación.

Al fin, Albert se detuvo y rezongó:

—Al diablo, Wolf. La buscaremos mañana, con la luz del día. Tengo los huesos helados y no se ve a un palmo.

Wolf titubeó. Estaba más intrigado que nunca, porque ahora incluso él empezaba a dudar de su propio sentido de la orientación.

Inesperadamente, en medio del extraño silencio, sonó un sordo crujido.

—¿Qué diablos fue eso? —exclamó Albert, volviéndose…

—No sé…

—Fue como si alguien removiera la tierra.

—Bueno, olvídalo. Lo haremos mañana, yo también tengo un frío endiablado. Vamos.

Retrocedieron hacia la derruida pared. Saltaron por encima de ella y en el mismo instante el viento helado les azotó y la niebla, en extraños remolinos, pareció abrazarles con su humedad.

Estupefactos por semejante fenómeno, caminaron apresurados hacia el oscuro edificio. Cuando cerraron la puerta a sus espaldas, ambos suspiraron como si acabaran de liberarse de un gran peso.

Durante mucho rato ni el calor de la lumbre consiguió liberarles del frío que atenazaba sus miembros. Un frío que persistía incluso mucho más tarde, contra toda lógica.

Un frío que parecía llegarles al alma.

CAPITULO VII

El día amaneció turbio y gris, con una luz carente de brillo. Las nubes se apelotonaban desplazándose impulsadas por un viento que aullaba a ráfagas sobre el mar.

Los dos socios contemplaron el sombrío panorama desde la ventana. Albert había preparado café y encendido el fuego y ahora saboreaba el primer cigarrillo con expresión ceñuda.

Wolf dijo:

—Bueno, aunque no haya sol, habrá luz suficiente para encontrarla.

—¿Sabes una cosa?

Wolf le miró, esperando.

—Quisiera estar a mil millas de aquí.

—¿Por qué? Lo de esa mujer fue sólo un contratiempo, no creo que haya cambiado nada en lo referente al negocio.

—Es este lugar —dijo Albert Law entre dientes—. Me pone nervioso... ¿No oíste nada, anoche?

—Dormí como un tronco. Supongo que se debió a que tengo la conciencia tranquila —terminó Wolf con una carcajada.

—Oí algo... no sé qué. Parecía una voz, y pasos, y rumor en una ventana o algo así. Incluso me levanté y di un vistazo.

—¿Y qué?

—Nada.

—Estarías soñando. Una pesadilla como la de la primera noche que pasamos aquí.

—Seguro, pero me desveló. Estuve pensando en aquella zorra, y en

el cementerio. ¿Por qué no soplaba el viento allí, ni se da el mar... no se da nada? Eso, tú lo comprobaste lo mismo que yo.

—Maldito si lo comprendo. Pero sin duda se trata de un fenómeno natural. Quizá por la disposición del terreno o vete a saber...

Albert Law arrojó la colilla a la lumbre y volviéndose decidió:

—Bueno, cuanto antes terminemos mejor.

Wolf le siguió hacia la puerta. Las herramientas estaban en el sombrío vestíbulo. Con ellas a la espalda salieron al frío aire del exterior y caminaron apresurados hacia el cementerio.

Quedaban girones de niebla aquí y allá, flotando como desolados fantasmas grises, sin vida y sin rumbo. El derruido muro de piedra parecía albergar la misma niebla quieta de la noche.

Lo saltaron. El mismo silencio, la misma quietud. Ni un soplo de aire.

Los dos hombres se miraron, intrigados.

Albert rezongó:

—De cualquier modo, esto impresiona.

—Resulta curioso...

—Supongo que ahora recordarás el lugar donde dejaste a la fulana.

—Con toda seguridad.

Wolf echó a andar resueltamente. Se quitó el pico del hombro y luego señaló ante él.

—Es ahí —dijo.

Albert se adelantó. De pronto quedó inmóvil, igual que una estatua de piedra.

Wolf gruñó:

—¿La encontraste?

—Acércate.

—Ya te dije que lo recordaba perfectamente, no podía equivocarme…

Calló de repente, porque a los pies de su socio no había nada. Ningún cuerpo.

Nada.

Sintió que el frío le llegaba a los huesos, pero no era el frío del aire, sino el del pánico.

—Es aquí —balbuceó—. Estoy absolutamente seguro.

Albert Law le miró echando chispas.

—Entonces no la mataste y se largó. Ahora es cuando la cosa va a estallarnos en las narices…

—¡Pero estaba aquí, muerta! Mira esa lápida medio caída, es la que vi… la de esa inscripción sin pies ni cabeza.

Wolf se dejó caer de rodillas y casi pegó la nariz al suelo. Soltó un gruñido y siguió examinando la tierra alrededor.

—Esto es sangre seca… una enorme cantidad de sangre seca. Fue aquí donde se desangró.

—Entonces, ¿dónde está?

Pasó por alto el sarcasmo de su compañero y se movió en círculos, aún de rodillas sobre el suelo húmedo.

—¡Eh, mira eso, Al!

Este dio un respingo. Wolf señalaba un revoltijo de tierra recién movida. No cabían dudas al respecto. Alguien había movido un buen trozo de tierra… un espacio largo y estrecho, como el de una tumba.

—¡No me digas que alguien se tomó la molestia de enterrarla!

—No sé… pero esto no parece como si hubieran cavado una sepultura. Sólo parece tierra removida…

—No aclaramos nada discutiendo. Vamos a cavar un poco y veremos si alguien la enterró.

Maldiciendo, desconcertados, comenzaron a sacar la tierra

removida. Era fácil porque estaba muy blanda y suelta.

Pronto descubrieron una superficie de madera. Rústica y sucia de tierra, pero conservada tan perfectamente como si acabara de ser depositada en la tumba.

—¡Un ataúd...! —Ia voz de Albert se ahogó.

Wolf siguió extrayendo tierra hasta descubrir la totalidad de la caja de madera. Ciertamente, era un antiguo ataúd sin adornos ni tallas.

Pero no podía ser antiguo. La madera parecía recién cortada, como si hubieran construido el ataúd apenas unas horas antes.

—No lo comprendo... la mujer no puede estar aquí...

—Quita la tapa y lo sabremos, Wolf. lodo esto me escama cada vez más.

La tapa no ofreció la menor resistencia. La apartaron a un lado dispuestos a contemplar cualquier macabro espectáculo.

No vieron nada.

El ataúd estaba vacío.

Sin embargo, de nuevo quedaron helados de estupor, porque el interior del sarcófago estaba ricamente tapizado de terciopelo negro, limpio, con un opaco brillo incluso en el lugar destinado a la cabeza del cadáver... y allí había aún la señal de esa cabeza.

Los dos hombres quedaron mirándose incapaces de articular una palabra. No podían creer nada de cuanto estaba sucediéndoles.

Al fin, Albert barbotó:

—Hubo alguien en esta caja... el cuerpo dejó la señal en el tapizado...

—¿Y quién lo sacó, y por qué? Es más, ¿qué relación tiene eso con la mujer que maté?

—¡Condenación, no lo sé! Vámonos de aquí, tengo la impresión de que alguien intenta jugar con nosotros, y eso es tanto como jugar con los millones...

Se apartaron a trompicones de la sepultura que habían descubierto.

El viejo ataúd de limpio y rico tapizado quedó a la intemperie, abierto como un negro interrogante.

Tan pronto cruzaron el muro de piedra, el viento helado les azoto, violento y aullante. Corrieron hacia el caserón y Albert cerró la puerta con gestos nerviosos.

—Voy a dejar las herramientas en el cobertizo. Prepara algo de beber y que sea fuerte. Siento que podría echarme a temblar como una mujerzuela…

Al quedar solo. Albert llenó dos vasos de whisky hasta los bordes. Vació el suyo casi ahogándose y volvió a llenarlo.

Parado ante la lumbre, pensó en lo que habían visto, en el misterio inexplicable de aquel ataúd.

No tenía sentido. Nada lo tenía en ese endemoniado lugar.

Cuando Wolf regresó supo que las dificultades no se habían acabado. Su compañero estaba lívido y apenas si reconoció su voz cuando anunció:

—Ahí atrás, junto al cobertizo, hay las huellas de pies de un hombre y una mujer, Al…

—¡Condenación!

—El suelo está húmedo y blando allí… He visto las huellas tan claramente como te veo a ti. Un hombre y una mujer.

—¿Crees que la mujer es la que heriste?

—¡Te digo que la maté! Me aseguré de que estuviera muerta…

—Entonces, ¿qué, hay todo un cuerpo de baile en este condenado lugar? Tiene que ser la misma… y el hombre debe ser su socio, o vete a saber. Ahora es cuando hemos de empezar a preocuparnos de veras.

Wolf rechinó los dientes.

—Nadie le echará mano a mi dinero —dijo con voz como el chirrido de una sierra—. No me importa quiénes sean, les haré pedazos antes siquiera de que lo hayan visto.

Albert vació el segundo vaso como un sediento. Wolf atrapó el otro y tampoco perdió tiempo en engullir su contenido.

Durante un buen rato ninguno de los dos habló una palabra. Luego, mientras tenía otra vez la botella en la mano y estaba llenando los vasos, Albert Law gruñó:

—Habrá que tener los ojos muy abiertos, y vigilar por turnos durante la noche.

Wolf le quitó un vaso de las manos de un zarpazo. Parte del licor se derramó, pero bebió el resto y dijo con voz sombría:

—No creo que intenten nada hasta que el dinero esté aquí, pero entonces también llegarán Armand y los otros, así que no tienen ni una oportunidad.

—De cualquier modo vigilaremos por turnos.

—De acuerdo, lo haremos.

Otro silencio. El ulular del viento allá fuera era un sonido lúgubre, siniestro como una amenaza.

De pronto, Wolf masculló:

—¿Qué crees que había en aquel ataúd?

—Un fiambre, ¿qué otra cosa?

Wolf sacudió la cabeza.

—Estaba limpio, total y absolutamente limpio. Un cadáver se pudre, se descompone. La tapicería, igual. Y la madera...

—La madera no estaba siquiera carcomida, así que no debía llevar mucho tiempo metido en la tierra.

—¿Recuerdas la primera vez que entramos en el cementerio, cuando leí aquella lápida?

-Sí...

—No había la menor señal de una tumba reciente. La tierra estaba lisa y dura, cubierta de matorrales resecos. Apuesto que durante años nadie cavó ninguna sepultura allí.

—Estás diciendo tonterías. ¿Cómo pudieron meter el ataúd sin cavar la tierra?

—No lo sé. Ni sé por qué estaba vacío y limpio, ni porqué la tierra parecía removida… «de abajo arriba». No sé nada de nada y no me importa decir que tengo miedo.

Albert dio un respingo, volviéndose.

—¡Tú estás chiflado! ¿Miedo de qué? Tienes la pistola a mano, y no puedo creer que un ataúd vacío…

Wolf sacudía la cabeza de un lado a otro.

—No entiendes nada de lo que quiero decir.

—A menos que lo expliques con sentido común, no.

—Olvídalo.

Wolf arrojó el cigarrillo al fuego y salió de la estancia con la cabeza caída sobre el pecho, profundamente preocupado.

Albert maldijo entre dientes, una y otra vez. Luego, pensó que eso no le servía de nada y llenó una vez más el vaso hasta los bordes.

Preocupado, pensó que su camarada estaba perdiendo la chaveta…

CAPITULO VIII

Habían cenado de cualquier manera, en silencio, un silencio tenso y sombrío que ocultaba sus inquietudes en esa noche en que, de nuevo, retumbaba el trueno allá fuera, en medio del alarido lacerante del viento.

Al fin, Wolf gruñó:

—Tú harás el primer turno. Yo daré un vistazo a las puertas y ventanas antes de acostarme. Cuando te canses me llamas si no he bajado antes.

—De acuerdo.

De nuevo silencio. La mirada inquieta de Wolf estaba fija en las llamas de la lumbre. Parecía fascinado por ellas.

De modo que Albert dijo al cabo de unos instantes:

—Ojalá lo intenten esta noche.

—¿Qué?

—La zorra y el tipo que la acompaña. A él le convertiré en un colador, pero a ella...

Wolf sacudió la cabeza.

—No puede tratarse de la misma mujer. La maté, tan seguro como que estamos hablando ahora tú y yo.

—Los muertos no se levantan para jugar al escondite, convéncete de una vez.

—No sé lo que pasó... Quizá su socio la encontró, ocultándola en algún sitio. Pero de que la maté estoy absolutamente seguro.

Albert se encogió de hombros, fastidiado.

—De acuerdo, al diablo con eso. Vete a dormir y ya te llamaré

cuando me canse.

Wolf se levantó. Titubeó un instante, como si no estuviera muy seguro de lo que debía hacer. Luego, con un gruñido de despedida, abandonó la estancia.

Albert estuvo oyendo sus pasos durante un buen rato, mientras Wolf verificaba ¡as ventanas y las puertas asegurándose de que estaban bien cerradas.

Al fin reinó el silencio, el opresivo silencio interior, porque en el exterior la tempestad retumbaba como si los elementos quisieran echar abajo los recios muros de la extraña abadía.

Encendió un cigarrillo, se obsequió con una buena dosis de whisky y fue a sentarse delante de la lumbre.

Así pasaron las horas.

* * *

Dio una cabezada y parpadeó, sobresaltado. Miró en torno, aturdido de sueño. Debería llamar a Wolf, pensó.

Levantándose, dio unos pasos aquí y allá. Añadió unos troncos al fuego de la chimenea y fue a dar un vistazo por el ventanal.

Caía una lluvia mansa que chorreaba por los sucios cristales. De vez en cuando, un relámpago lejano precedía al trueno, sordo retumbar que ahogaba el rumor de la marea.

Chascó la lengua, disgustado.

Al fin, aburrido, salió de la caldeada estancia. Las tinieblas envolvían el enorme vestíbulo. Sólo un pequeño farol de gas portátil brillaba en lo alto de la escalera.

Había un enorme portalón al otro lado del vestíbulo. Albert cayó en la cuenta de que aún no sabía qué ocultaba aquella maciza puerta.

Volvió atrás, atrapó una lámpara eléctrica y atravesando el vestíbulo empujó la pesada puerta de roble macizo.

Las viejas bisagras rechinaron lastimeramente. El paseó el brillante cono de luz por el interior y se quedó asombrado ante los inmensos estantes de antiquísimos libros.

Había estanterías en todas las paredes. Dos de ellas estaban casi vacías, adornadas por espesas telarañas. El resto mostraba cientos de volúmenes encuadernados en cuero la mayoría. También las telarañas los cubrían, y una espesa capa de polvo que se había acumulado allí a través de los años.

Tanto en el aspecto de los grandes libros, como a su encuadernación no dejaban lugar a dudas respecto a su remota antigüedad. Eso estaba claro incluso para Albert Law, cuya cultura era más bien elemental.

La insólita visión de la biblioteca había despejado su aburrimiento. Ya no recordaba siquiera el sueño que poco antes había estado a punto de vencerle.

Sacó uno de los volúmenes. Era pesado y desprendió una nube de polvo. Apartó las telarañas y pasó unas cuantas hojas.

El papel era amarillento, grueso. Las hojas crujían al moverlas. Estaba impreso con unos caracteres desconocidos para Albert, y en un idioma enrevesado del que no entendió una palabra.

Tampoco el título le dijo nada. Era incapaz de descifrarlo. Volvió a colocarlo en la estantería y sacó otro.

Lo mismo. Ilegible. Albert estaba cada vez más intrigado.

Cambió de estantería. En la segunda, la cosa se presentó más fácil. Aunque también aquellos volúmenes estaban impresos en unos caracteres como él no viera otros antes, por lo menos podía leerlos, estaban en inglés.

—Vaya, esos monjes, o lo que fueran, tenían gustos muy raros —rezongó entre dientes.

Porque el libro era un tratado de demonología.

Lo cambió por otro. Este era una variante del primero, y se hablaba de Luzbel de modo biográfico.

Albert estaba interesándose cada vez más por ese asombroso descubrimiento. Revisó rápidamente los títulos de la mayoría de

libros de aquel estante. Todos versaban sobre el demonio, sus ritos y poderes, invocaciones y ceremonias, e incluso los sacrificios que más complacían al Rey de las Tinieblas…

Pensó que Wolf debería ver todo eso. Por lo menos les serviría para distraerse en las largas y aburridas horas de espera. Nunca supo el tiempo que llevaba allí, absorto en la revisión de los títulos, cuando captó la extraña sensación que le erizó el pelo.

Era como si alguien estuviera observándole.

Miró en torno, intrigado.

Entonces la vio.

Estaba parada al fondo de la gran estancia, junto a una puerta cerrada. En el primer instante Albert creyó que flotaba en el aire, como si sus pies no tocaran el suelo.

—¡Tú, maldita sea!

Ella continuaba inmóvil, mirándole con unos ojos brillantes, casi fosforescentes.

—¡Y el imbécil dijo que te había liquidado!

Echó a andar hacia la mujer. Advirtió que apenas quedaban girones de ropas sobre el soberbio cuerpo, ahora casi desnudo. Había restos de barro en la piel y sus pies descalzos estaban empapados de agua y barro también.

—¿Dónde demonio te has metido?

Ella sonrió. El rostro inexpresivo estaba hierático, rígido. La sonrisa no lo animó en absoluto.

Albert rechinó los dientes. Ahora la tenía al alcance de la mano. Todo lo que imaginara antes a impulsos de la lujuria y la ira se agolpaba en sus sentidos a medida que se aproximaba a la mujer paso a paso.

Y entonces ella le tendió los brazos.

Fue algo tan inesperado, tan fuera de lugar después de todo lo que había sucedido, que el asombro inmovilizó a Albert, dejándole clavado en el suelo.

—Bueno, parece que has cambiado de ideas, ¿eh? —refunfuñó.

Ella asintió. La sonrisa parecía haberse petrificado en sus labios pálidos.

Los movió apenas cuando susurró:

—Ven…

El dio un respingo y en dos saltos estuvo junto a la muchacha. La miró de arriba abajo y apenas si se fijó en la helada expresión de sus ojos ni en la rigidez de sus facciones. El cuerpo estaba allí, apenas cubierto por unos harapos. De un zarpazo se ¡os arrancó y a ella no pareció importarle.

Sus pechos resplandecieron, con sus rojas corolas. Y la negra sombra entre los muslos, y las largas piernas, firmes y exquisitas.

Albert no podía creerlo.

—Vamos, estaremos mejor cerca del fuego…

La tomó de la mano. La piel era tersa y fría. Asombrosamente fría.

—Estás helada —dijo mientras atravesaban la biblioteca alumbrándose con la linterna—. Vamos a pasarlo en grande tú y yo… Espera que Wolf te vea, apuesto que se caerá de espaldas. Y tendrás que explicarme quién eres, y…

El calor de las llamas de la chimenea les envolvió. Bruscamente, Albert la empujó sobre el diván, derribándola allí de espaldas.

Se quedó mirándola una vez más, incrédulo. Nunca antes había tenido a su alcance una mujer como aquélla.

—Harás todo lo que yo te diga si sabes lo que te conviene, ¿entiendes? Todo…

Ella sólo le miraba, como esperando. A él se le antojó que hasta estaba impaciente por que la poseyera.

Se inclinó poco a poco. Su boca buscó las cumbres de los pechos. Eran duros, firmes… y tan fríos como la nieve.

Pero Albert no lo advirtió. Poseerla, gozar de ella, era lo único que importaba. Y la tenía allí, a su disposición, dispuesta a hacer todo lo que su sucia y retorcida mente le dictara.

Subió los labios poco a poco por la fría piel, hasta la boca. Durante un largo instante la sintió como si vibrara. Luego, ella desvió los labios y tomó la iniciativa, besándole a su vez en toda la cara y el cuello.

Allí la boca se detuvo. La lengua pareció acariciarle un segundo, suave, húmeda...

Y fría.

Albert jadeó:

—¡Sigue, sigue, maldita!

Sentía la caricia enervante de la lengua, y el contacto de los dientes en la piel.

De pronto, los dientes se hundieron salvajemente en su yugular. Mordieron con una fuerza inhumana, desgarrando la carne como si ésta fuera tan blanda como la mantequilla.

El dolor horrendo le enloqueció. Albert intentó apartar la cabeza, pero las manos de la mujer eran igual que garras sujetándole.

La sangre saltó como un torrente, anegando la cara crispada de ella, llenándole la boca, escurriendo hacia sus pechos.

En medio del océano de dolor, del espanto y el pánico, el rufián vio los ojos inmensamente abiertos de aquella mujer que le mataba muy cerca de su propia cara. Todo se volvía turbio, se desvanecía a impulsos del dolor. Y los dientes no cejaban, hundidos y aferrados a los cartílagos del cuello, a la yugular desgarrada.

Albert descubrió que era incapaz de librarse de aquel cepo, de aquel dogal que formaban los brazos de la mujer. Tenían una fuerza sobrehumana, y é! estaba quedándose paralizado de dolor y debilidad, mientras su propia sangre saltaba a borbotones ante su mirada desorbitada y enloquecida.

Boqueó intentando gritar. Se ahogaba y ni un sonido brotó de aquella garganta rota, como no fuera una suerte de gorgoteo que llevó un río de sangre a sus pulmones.

La cara hierática de la mujer empezó a desvanecerse ante su mirada. Sus piernas se aflojaron y él se desplomó sin fuerzas sobre el cuerpo desnudo, sobre aquellos muslos, sobre aquellos pechos que le

habían enloquecido de lujuria apenas unos segundos antes.

Entonces ella le soltó. El cuerpo rodó a un lado y quedó tendido en el suelo, delante de la chimenea. Un oscuro ronquido parecía escapar por la espantosa desgarradura del cuello, por el que aún seguía brotando la sangre.

La mujer se incorporó poco a poco, mirándole con sus ojos diamantinos. Regueros de sangre descendían desde su barbilla hasta los senos, y por entre éstos seguían en tenues hililllos hasta su vientre, para enredarse al fin en el oscuro vello del pubis.

Sus dientes chirriaron. Se arrodilló al lado de Albert, cuyos ojos parecían a punto de saltarle de las órbitas. En un último espasmo de lucidez, él la miró. La muerte se reflejaba ya en su mirada desorbitada, pero aún vio los dientes enrojecidos, aquel rostro que ya no era hermoso, toda aquella sangre... su propia sangre.

Movió los labios, ahogándose. No comprendía nada y la razón huía de su mente como la sangre de su cuerpo.

Aún vio como ella inclinaba el torso poco a poco, muy despacio. Como la boca se abría, ebria de sangre, y aún sintió la bárbara, salvaje nueva desgarradura en su cuello cuando ella mordió con el furor de un perro rabioso.

Era como si ya estuviera muerto, pero por algún extraño sortilegio todavía le estuviera dada la facultad de ver y de sentir el dolor.

Así, como entre una niebla, espesa y roja, vio surgir dos grandes manos con una piel rugosa, amarillenta y oscura, que atraparon a la mujer levantándola como si no pesara más que una pluma. Las manos surgían de aquella niebla roja... y repentinamente arrojaron a la mujer contra el diván y sobre su última facultad de sentir acabó de desatarse el infierno.

CAPITULO IX

Wolf despertó aturdido de sueño. Parpadeó en la oscuridad preguntándose qué hora sería, y por qué Albert no le había llamado ya...

Acabó incorporándose en el lecho. Un leve resplandor rojizo se desprendía de las mortecinas brasas de la chimenea.

Eso le dio a entender que había pasado mucho tiempo desde que se acostara, por cuanto entonces el fuego era vivo y quedaban aún dos o tres troncos por quemar.

Rezongando, se vistió tiritando de frío. Escuchó el rumor del mar, el zumbido del viento y el golpeteo de la lluvia contra los cristales de la ventana.

A la luz de la lámpara de gas comprobó la carga de la pistola y al fin abandono el dormitorio.

El inmenso caserón estaba silencioso. Desde lo alto de la escalera gritó:

—¡Al!

No hubo respuesta. Maldijo, iracundo.

—¡Te has dormido, maldito hijo de...!

Bajó las escaleras refunfuñando. La temperatura era gélida y eso no contribuyó a mejorarle el humor, así que cuando penetró en la gran estancia lo hizo dispuesto a despertar a su socio a puntapiés.

Lo primero que descubrió fue el diván derribado, caído como si una fuerza colosal lo hubiera arrojado a tres o cuatro metros de la chimenea.

—¿Qué diablos...? ¡Albert!

Tampoco hubo ninguna respuesta.

Con la pistola empuñada, Wolf avanzó cautelosamente ahora, venteando el aire para descubrir de dónde procedía aquel nauseabundo hedor que empezaba a marearlo.

No dio más de cuatro pasos.

Entonces descubrió las piernas que sobresalían de la enorme chimenea y el horror le paralizó.

—¡Al...! —jadeó.

En dos saltos estuvo delante del fuego. El estómago le subió a la garganta y todo empezó a dar vueltas a su alrededor. Hubo de volverse de espaldas a aquella atrocidad, se tambaleó y al fin, a trompicones, se acercó a un rincón y vomitó dolorosamente.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció allí, con la cabeza apoyada en el muro de piedra intentando asimilar la horrenda visión que se había grabado en sus retinas.

Cuando al fin sus piernas se afianzaron un poco, regresó a la chimenea sintiendo que el corazón le golpeaba en la garganta como antes le golpeara en el estómago.

Aún no lo creía... no podía creer que fuera real aquella pesadilla.

Pero allí estaba.

—¡Albert...!

Ni siquiera oyó su propia voz en aquella suerte de quejido. Porque no se había equivocado, ni aquello era una pesadilla.

El cuerpo estaba allí. De cintura para abajo estaba intacto, pero el torso parecía haber sido devorado por una manada de lobos hambrientos. La cabeza había sido colocada sobre los troncos y no quedaba de ella más que un cráneo calcinado.

Pero era Albert sin ninguna duda. Los pantalones lo delataban. Y Wolf sabía que nadie más que ellos dos habitaban el inmenso caserón.

El pánico se apoderó de él repentinamente, como un golpe. Retrocedió a trompicones mirando en torno con ojos espantados, la pistola empuñada y temblándole la mano.

Los más alejados rincones de la gran estancia estaban sumidos en tinieblas, pero aún así descubrió que estaba solo allí, que nadie más le

acechaba para hacer con él lo mismo que hiciera con Albert.

Tambaleándose, gimoteando de pánico, volvió a la chimenea y tirando de las piernas sacó fuera el cuerpo muerto.

Las vértebras del cuello habían sido calcinadas, carcomidas por las llamas, de modo que la cabeza se desprendió y rodó entre las rojas brasas que aún chisporroteaban.

Wolf retrocedió. Los dientes le castañeaban. No comprendía nada. Arrastrándolo, llevó el cuerpo sin cabeza lejos de la chimenea. Una vez más miró las horrendas desgarraduras del torso y los brazos.

Realmente, pensó que era como si lo hubiera destrozado un lobo hambriento y rabioso.

Lo dejó allí, enderezó el sofá, no sin esfuerzo porque era enormemente pesado, y dejándose caer en él se quedó un buen rato inmóvil, delante de la chimenea, dejando que la oleada de espanto creciera en él como una marea.

Decidió que abandonaría el lugar tan pronto amaneciera.

* * *

La turbia luz del alba ensució el ventanal y Wolf se levantó. Evitó mirar el cuerpo decapitado de su camarada y acercándose a la ventana tendió la mirada al exterior.

El día amanecía gris, tormentoso, aunque la lluvia había cesado y el viento ya era apenas una ligera brisa helada que se perdía sobre el mar.

Volvió a empuñar la pistola. Había reflexionado mucho durante aquellas horas de soledad y miedo. No podía imaginar quién o qué había cometido la salvajada contra Albert, pero sí estaba seguro de que con él nadie podría repetirla.

Salió al oscuro vestíbulo y así descubrió la enorme puerta de roble al otro extremo.

Caminó cautelosamente hacia ella, la pistola lista para disparar.

Descubrió las estanterías de libros antiguos, las telarañas y el polvo. Le intrigaba la identidad de quien fuera que había abierto aquella puerta.

La luz creció también allí, entrando con dificultad a través de los sucios cristales. Wolf paseó la mirada en torno, asombrado.

Luego, con un sobresalto, se quedó mirando las huellas de barro en el suelo.

Eran huellas de pies desnudos.

Los pies desnudos de una mujer.

Contuvo el aliento y de nuevo el escalofrío del miedo le asaltó. Fue rápidamente hacia la puerta del fondo, donde los pies debían haberse detenido porque además de las huellas había pequeñas manchas barrosas en torno.

Abrió aquella puerta. Comunicaba con un sombrío pasadizo cuyo fondo era un lago de oscuridad.

Rechinando los dientes de cólera, fue en busca de una linterna eléctrica y regresó apresuradamente hacia el pasadizo.

Alumbrándolo, descubrió las puertas cerradas de varios aposentos. Con la pistola amartillada, dispuesto a matar a quienquiera que estuviera allí, las fue abriendo una a una, viendo aposentos llenos de polvo y muebles viejos y arruinados. Telarañas espesas cual cortinajes… pero ningún ser vivo.

Aquella parte del edificio no había sido acondicionada para habitarla. Todo allí seguía tal como estuviera durante cientos de años de abandono.

Al fondo, el pasillo formaba un recodo, y allí se iniciaban unas escaleras que se hundían en la tierra.

Wolf titubeó sólo unos segundos. Las ansias de matar se habían apoderado de él, anulando el temor y el instinto de conservación, de modo que descendió resueltamente los escalones de piedra, la pistola lista para acribillar a todo lo que se moviera, y el cono de luz barriendo las espesas tinieblas.

El amplio sótano rezumaba humedad. Había musgo incluso en los muros de piedra. Formaba todo ello una gran gruta cuadrada, a la

derecha de la cual se abría un arco formado por grandes piedras cubiertas de intrincados signos cabalísticos.

Perdió casi un minuto examinando aquellas tallas. Era imposible descifrarlas, pero salpicando la extraña escritura grabada en la piedra, había también unas figuras inquietantes por la maldad que destilaban.

Wolf atravesó el arco, penetrando en una sombría estancia redonda. Al fondo una inmensa losa de roca viva se sostenía encima de tres pilares de piedra, semejante a un altar.

No había ningún otro mueble o utensilio en todo el recinto, pero detrás del extraño altar vio algo que le dejó paralizado de estupor.

Los cuerpos de un hombre y una mujer entrelazados.

Contuvo el aliento y el cañón de la pistola se fijó recto a los cuerpos. Paso a paso, silencioso como un gato, Wolf avanzó, haciendo nuevos descubrimientos que no contribuyeron a serenarle precisamente.

La mujer estaba desnuda completamente a pesar de que reinaba una temperatura polar allí abajo. Sobre su piel atrozmente blanca había regueros de sangre seca.

El hombre quedaba de espaldas a él, inmóvil casi encima de la mujer. Llevaba una suerte de hábito negro semejante a una capa y nada más.

Pero lo que le erizó el pelo fue descubrir que aquella mujer cubierta de sangre era Jane Hazel, a la que él había matado de dos disparos en el cementerio. Sin embargo, en esa primera mirada espantada, Wolf no pudo descubrir en ella el menor rastro de las heridas de bala.

—Bueno, golfa, esta vez voy a asegurarme —rezongó.

Ninguno de los dos dio muestras de haberle oído. Se deslizó de costado, rechinando los dientes.

Entonces vio el rostro del hombre y casi se cayó de espaldas.

Tenía una barba espesa y sucia… sucia de sangre seca. Parecía dormido, igual que ella, y uno de sus brazos descansaba sobre el vientre de la mujer. La piel del brazo semejaba pergamino viejo y arrugado.

A pesar de aparentemente dormido, el rostro de aquel hombre tenía una rara expresión diabólica, como si fuera la encarnación de la máscara del mal.

Wolf gruñó:

—¡Vamos, despierta, zorra, quiero que veas cómo te lleno de agujeros!

Ninguno de los dos dio señales de haberle oído.

—¡Maldita…!

Tiró del gatillo una y otra vez. Los pesados proyectiles de la Magnum estremecieron los dos cuerpos. Vio los impactos contra la espalda del hombre. Vio sacudirse a la mujer a cada balazo…

Y nada más.

No pudo ver ningún orificio, ni una gota de sangre.

Y entonces, el hombre acribillado a balazos abrió los ojos y le miró.

Fue lo único que se movió en él:

Los ojos.

Pero eran unas pupilas rojizas, fosforescentes y destilando toda la maldad del infierno.

Wolf creyó que estaba volviéndose loco. Instintivamente retrocedió un paso mientras todos sus miembros se aflojaban bajo el salvaje influjo de aquella mirada diabólica.

Sin embargo, de modo puramente reflejo, apuntó a aquellos ojos demoníacos y disparó la última bala.

No ocurrió nada. La cabeza osciló apenas perceptiblemente y los ojos siguieron fijos en él, como maldiciéndole, como si le condenaran, como si quisieran fulminarle con su extremada maldad.

Con un grito inarticulado. Wolf dio media vuelta y huyó a trompicones, incapaz de comprender nada, pero sintiendo un terror oscuro, lacerante, quemándole la mente.

Se encontró en el inmenso vestíbulo sin saber siquiera cómo había llegado hasta allí. Frenético, abrió el portón y se lanzó al exterior, el

viento frío que silbaba en el roquedal, con la única idea fija de huir lo más lejos posible.

Al llegar al borde del acantilado, allí donde se iniciaba el peligroso camino de descenso, vio que la marea cubría el paso de piedra hasta tierra firme y no evitar un quejido de desolación.

Estaba atrapado en la Isleta.

Atrapado en compañía del terror.

CAPITULO X

Empezó a llover a media mañana. El súbito chaparrón sorprendió a Wolf acurrucado y tiritando de frío en un saliente de roca, con la mirada perdida en la bruma que cubría el mar.

Allá abajo oía el chapoteo de las olas contra el acantilado, y a su alrededor el viento silbaba con lúgubre acento de desolación.

Hasta entonces, su mente había sido como una laguna vacía. El pánico había borrado de él hasta la facultad de pensar de modo coherente.

Y en aquel instante, como un chispazo, se le ocurrió la idea salvadora.

Allá abajo, amarrada, estaba la motora de la mujer que parecía haber desencadenado el terror.

Se levantó como impulsado por un resorte y, a riesgo de romperse el cuello, se lanzó cuesta abajo por el resbaladizo camino labrado en la roca viva hasta llegar a los no menos resbaladizos escalones.

Al llegar abajo se detuvo como herido por un rayo.

En lugar de una motora había dos.

—El hombre... aquel maldito debe haber llegado así...

La examinó. Era más potente que la otra, mejor equipada. Tiró del cabo de cuerda que la sujetaba y saltó dentro.

Frenético, trató de ponerla en marcha una y otra vez.

El motor no respondió.

Diez minutos más tarde había comprobado que faltaban las bujías.

Renegando enfurecido, saltó a la embarcación que pertenecía a Jane Hazel. Estaba decidido a huir renunciando incluso a la fortuna y la venganza.

No tardó en convencerse de que tampoco en ésta lograría hacerse a la mar. Quienquiera que hubiera llegado en la potente embarcación había inutilizado también la de la mujer llevándose las bujías.

Regresó a tierra. Las olas rompían a sus pies, salpicándole. llenándole de humedad y de frío.

Se encaramó de nuevo por el resbaladizo camino. Sabía que estaba atrapado, y no tenía ni idea de cuándo llegarían sus otros compinches. Y la pistola estaba descargada...

Miró hacia el portón de entrada. Seguía abierto tal como lo dejara al salir corriendo. Se le antojó la negra cavidad de la boca del infierno.

Estremecido de frío, empapado y tiritando, se guareció junto a la pétrea fachada sin atreverse a cruzar de nuevo aquella puerta.

Pero la lluvia, mansa y persistente, no cesaba.

El frío le llegaba a los huesos, tan intenso y agudo que le aturdía, de modo que al fin, temblando, entró y conteniendo el aliento trató de captar algún ruido.

Todo estaba silencioso allí dentro. Subió las escaleras tan aprisa como le permitieron sus vacilantes piernas y una vez en su cuarto insertó un cargador repleto de cartuchos a la pistola. Los otros dos que le quedaban los distribuyó en sendos bolsillos.

El fuego de la chimenea estaba apagado y la estancia tan helada como el exterior. Salió al pasillo y fue a la habitación' de Albert. La registró en unos instantes sin hallar ni rastre!.

de la pistola de su compañero, pero si encontró un cargador lleno de cartuchos. Lo recogió y descendió al salón.

El estómago se le encabritaba sólo con imaginar el espectáculo de su socio, tal como lo dejara. Pero allí sin duda habría la pistola y él la quería.

Quedaban unas brasas mortecinas en la chimenea que apenas difundían calor. Haciendo acopio de valor, se volvió hacia el cuerpo de Albert Law.

Estuvo a punto de pegar un brinco y una vez más el pánico le golpeó como un latigazo.

El cuerpo no estaba en la posición en que él lo dejara.

¡Alguien lo había movido!

Por si fuera poco, tenía los bolsillos de los pantalones vueltos al revés. ¡Lo habían vaciado!

Sintió que le castañeteaban los dientes y una vez más, enloquecido de pánico, empuñó la pistola y miró en torno, sólo para comprobar que estaba solo en la inmensa estancia.

Nada de todo aquello tenía sentido. Las ropas hechas girones de Albert seguían más allá del diván... también revueltas y con los bolsillos al revés.

De la pistola que debiera estar allí no había el menor rastro.

Se forzó a pensar en aquellos dos seres que yacían en el sótano, en la cripta. Repeluznos de terror' le sacudieron porque ese recuerdo tampoco era como para tranquilizarle, pero estaba claro que ninguno de ellos había subido para registrar las ropas del cadáver destrozado.

¿O sí?

Y. lo que era aún más inquietante: ¿Qué eran?

* * *

El mar inquieto zarandeaba el enorme yate, bajo el cielo gris y sombrío del crepúsculo. La hermosa nave mantenía la mínima velocidad, como si sus tripulantes no tuvieran prisa, por llegar a ninguna parte.

Y, realmente, en cierto modo, así era.

En el puesto de mando, agarrado al timón. George Brake:. refunfuñaba su disgusto ante la mirada impasible de Armand.

Armand Blunt era un individuo alto, delgado, elástico y bien parecido, si uno se fijaba en la mirada cruel de unos ojos como rendijas.

Barker estalló al fin.

Dijo casi a gritos:

—¡Maldita sea! ¿Vamos a estar dando vueltas sin, rumbo hasta quedamos sin combustible o qué?

—Pareces una mujerzuela histérica.

—¡Hace tres horas que damos vueltas y vueltas en el mismo sitio!

—¿Estás nervioso? :

Brake le dirigió una mirada asesina.

—¿Tú qué crees?

—Falta un poco todavía. Quiero llegar cuando haya cerrado la noche.

—¡Muy bien! No tengas prisa. ¿Para qué? Llevamos casi: tres días de retraso. Wolf y Albert deben estar subiéndose por las paredes pensando que el temporal nos hundió, y con nosotros todas las cajas, y tú estás ahí, tan tranquilo. A, veces pienso que no estás bien de la cabeza, Armand.

Este se echó a reír.

—Estoy chiflado —dijo, irónico— De lo contrario jamás me habría asociado a unos idiotas asustadizos como todos vosotros.

Sacudió la cabeza y volvió a prestar atención al sombrío panorama del mar revuelto, las nubes pesadas y bajas y la mortecina claridad del día que moría.

Consultó su reloj. Chasqueó la lengua y gruñó:

—Está bien, endereza el rumbo. Vamos a la Isleta de una maldita vez.

Brake obedeció. Armand habló por teléfono interior dando nuevas instrucciones y el gran yate aumentó la velocidad, tomando el rumbo a tierra.

Un hombre corpulento entró en la cabina sacudiéndose el agua de las ropas a manotazos.

—¿Qué, te decides? —rezongó con una voz semejante al mugido de una res.

—¿Tú también estás nervioso?

—¡Qué nervioso ni qué…! Impaciente es lo que estoy. El mar me pone enfermo… ¡Eh, un momento! ¿Qué rumbo es el que llevamos?

—Sudeste.

El hombretón parpadeó.

—Alguien ha perdido la chaveta…

—Dimos un gran rodeo para esperar el crepúsculo. Quiero llegar a la Isleta por el lado contrario al pueblo más cercano. Así nadie verá el yate.

—Me parece mucha cautela, sobre todo si desembarcamos las cajas de noche. ¿Quién demonios va a vernos en esta época, y con tan mal tiempo?

—Prefiero no arriesgarme, Rene.

El gigante se encogió de hombros. Por mucho que discutiera, siempre acababa por darle la razón a Armand.

Medía hora más tarde, con la noche cerrada y una oscuridad densa como la tinta, Armand dio una orden y los motores volvieron a reducir la velocidad hasta casi dejar el yate inmóvil.

Con unos prismáticos trató de descubrir la tierra en aquella negrura. Desde el timón, Brake rezongó:

—¿Y ahora qué?

—Cierra la boca… debemos estar a menos de una milla del acantilado.

—Estaría bueno que nos estrelláramos con todo el cargamento.

Armand no replicó. Dio una larga mirada a los instrumentos de navegación y luego dijo:

—Vamos bien… la Isleta tiene que estar ahí delante.

—O a la derecha, o a la izquierda… o en el infierno. Ya te dije que…

—¡Cállate! Si tienes miedo échate de cabeza al mar. Yo llevaré el

timón ahora... Dile a Rene que avance a media máquina.

Refunfuñando, Brake salió de la cabina hundiéndose en la niebla que envolvía la nave cerrando la visibilidad en la misma borda.

Armand llevó el rumbo con mano firme. Estaba tenso, pero no preocupado. Conocía el paraje y sabía que. dentro de las dificultades el yate llegaría a destino sin contratiempos.

Al fin, emergiendo de la masa negra de la niebla y la noche, surgió la imponente muralla rocosa justo delante de la proa.

Dio un grito por el intercomunicador. Los motores cesaron de latir un momento. Luego, reanudaron su poderoso canto en reversa y el yate se encabritó antes de detenerse.

Fijó el timón y se lanzó fuera, llamando a gritos a los demás.

—¡Los cabos, pronto! —aulló.

René tomó una gruesa cuerda, asomándose a estribor, junto a la proa. Ahora veía las rocas tan próximas que por un instante creyó que el oleaje estrellaría el barco contra ellas.

Luego, de pronto, una larga barra de arena y rocas surgió a pocos metros de distancia. El yate se ladeó perezosamente. Desde donde estaba, Armand ordenó a gritos:

—¡Salta, René!

El gigante titubeó. Después, bruscamente, dio un brinco al vacío y se hundió en el agua hasta el cuello sin soltar la soga.

Bramando enfurecido, braceó hasta alcanzar la arena. Empapado y tiritando, maldiciendo en todos los tonos, tiró de la soga hasta conseguir amarrarla a un saliente rocoso.

Alguien más chapoteó en el agua. Brake apareció chorreando y ambos tiraron con todas sus fuerzas, acercando el yate hasta que la proa hendió el banco de arena.

Oyeron gritar a Armand, y luego se escuchó el violento chapoteo del ancla que se hundió por el lado opuesto.

Armand surgió de repente junto a ellos como una aparición. No hablaron. Ahora sabían qué tenían que hacer y lo hicieron en silencio, asegurando la soga.

Cuando terminaron, Armand rezongó:

—Creí que sería más difícil…

—¿Qué hacemos ahora?

—Debe haber una especie de cueva ahí atrás. Y más allá un sendero que rodea el promontorio hasta el paso de piedras y el camino que sube a la abadía. De modo que descargaremos las cajas para que podamos volver a la mar con el yate. Tú te quedarás, Brake. para subir el cargamento con Albert y Wolf.

—Podríamos llamarlos para que nos ayudasen a descargar…

Armand titubeó. Luego dijo:

—Es una pérdida de tiempo, pero iré a llamarlos.

Echó a andar y desapareció engullido por las tinieblas.

Tiritando, René gruñó:

—Se cree poco menos que un almirante. Empieza a cansarme.

—Y a mí, pero hay que reconocer que sabe lo que hace. El organizó casi todo el negocio, y tiene los contactos, así que déjale a su aire. Trabaja en nuestro propio beneficio también.

—Algún día le haré tragarse los dientes.

Brake se echó a reír. Tenía un frío del demonio, pero imaginar a Armand escupiendo los dientes le llenaba de contento.

—Ese día estaré cerca para ver el espectáculo.

Antes de que René pudiera decir una palabra, oyeron los pasos apresurados que se aproximaban. Luego, la voz de Armand les llegó excitada, antes siquiera de que pudieran verle.

—¡Sube a bordo. René, y trae las armas, aprisa!

Dieron un salto, asombrados. Armand apareció jadeando.

—Hay dos lanchas motoras amarradas junto al paso. Alguien ha llegado a la abadía cuando se supone que Albert y Wolf deberían estar solos… Trae las pistolas, pronto.

René obedeció.

Brake dijo:

—¿Quién puede ser, la policía?

—No son lanchas oficiales, sino deportivas. Alguien se ha ido de la lengua… y lo pagará con el pellejo.

Poco después René apareció cargado con cuatro o cinco pistolas de gran calibre.

Una vez armados, echaron a andar en la oscuridad guiados por el enfurecido Armand.

No podían saber lo que les esperaba allá arriba…

CAPITULO XI

Una puerta chirrió en el piso de arriba, donde estaban los dormitorios. Wolf dio un brinco, levantándose del diván con “la pistola empuñada y temblando.

Escuchó con todos sus sentidos aguzados. El chirrido se repitió, ahora más breve.

Cauteloso, rebosando miedo, Wolf se deslizó hacia el vestíbulo negándose a pensar en nada. Sólo ansiaba salir de allí dejando atrás el terror, pero sabía que fuera de aquellos muros no tendría otra oportunidad más que helarse de frío. Por lo menos, hasta que descendiera ¡a marea y pudiera huir por el paso hasta tierra firme.

Las escaleras eran un pozo de sombras. Arriba, el pequeño farol de gas se había apagado, seguramente por haberse agotado la carga.

Peldaño a peldaño, subió las escaleras dispuesto a disparar contra todo lo que se moviera. Justo cuando llegaba al rellano, oyó, en la planta baja, un rumor que no pudo identificar. Pero era el ruido de algo que se movía. Sintió que se le erizaba el pelo.

Todas las puertas de las habitaciones estaban cerradas, sin embargo estaba seguro que alguna de ellas había producido aquel chirrido, y no había corrientes de aire que pudieran provocarlo.

Se dirigió a su propio dormitorio y empuñó una potente linterna eléctrica. La encendió para probarla y la brillante luz delató el desorden de su maleta abierta y revuelta.

Estuvo a punto de gritar, porque recordaba muy bien que él la había dejado cerrada.

Había alguien en alguna parte, alguien quizá agazapado esperando atacarle... Quizá aquellos seres que viera en el sótano, en aquella extraña cripta.

El pánico le paralizó durante un tiempo al recordarlos. Estaba seguro que no eran de este mundo... no podían serlo cuando los

pesados proyectiles de su Magnum no les habían hecho mella.

Pero alguien había revuelto sus cosas. Alguien había abierto la maleta, y una puerta había chirriado en el silencio del caserón. Eso eran hechos y estaban allí, claros, rotundos como un golpe.

Wolf salió al pasillo. Una a una fue abriendo las puertas, esperando encontrar la que chirriaba de aquel modo. Todas las habitaciones estaban desiertas, llenas de polvo y telarañas, excepto la que había ocupado Albert.

De repente, la puerta que empujaba chirrió lastimeramente. Contuvo el aliento y se pegó a la pared, escuchando el silencio.

No sucedió nada. Sólo en la planta baja algo, o alguien, se movió en algún lugar. Un sonido cauteloso, como de pies descalzos o algo semejante.

¡La mujer de la cripta estaba descalza! Lo recordaba muy bien.

Apretó los dientes porque le castañeteaban y ladeándose un poco dirigió el cono de luz al interior.

Era otro cuarto con polvo, telarañas y muebles arruinados. Paseó la luz por todo el reducto sin ver ningún movimiento. Luego, con la pistola amartillada, agazapado, entró colocándose a un lado de la puerta.

Allí dentro no había nadie. Quizá la puerta que chirriara antes fuera otra…

Volvió a salir y retrocedió para registrar las habitaciones del otro brazo de pasillo que partía el rellano.

Desde éste dio un vistazo al sombrío vestíbulo. Una lengua de luz amarillenta brotaba por la puerta abierta del salón. Esa luz disipaba las tinieblas hasta casi el pie de las escaleras, pero el resto era un negro pozo de sombras.

Se le antojó que algo se movía allí, en aquella espesa negrura. Apuntó con la pistola, esperando…

A su derecha, en aquella parte que aún no había registrado, algo cayó al suelo con estrépito. El ruido sonó en el silencio como una explosión y Wolf, aterrado, giró como una peonza y barrió la oscuridad con la luz de la linterna.

Había cuatro puertas a cada lado de aquel trozo de pasillo, todas cerradas. Detrás de una de ellas, algo había provocado aquel ruido.

Bueno, quien fuera que estuviera allí, estaba atrapado. Wolf dio otro vistazo al vestíbulo. Nada se movía allá abajo, así que con la luz y la pistola por delante fue hacia la primera de las puertas.

Apagó la linterna y, pegado a la pared, abrió de un empujón y esperó.

Nada,

Silencio.

Conteniendo la respiración, pegado al quicio de la puerta, se deslizó al interior y luego disparó la luz barriendo las tinieblas.

La habitación, semejante a las otras, estaba tan desierta como las demás.

Respiró hondo, relajándose. Salió y probó en la siguiente, y la otra, y aún otra más.

Nada.

Empezó con las del otro lado del pasillo, por la más alejada del rellano.

Las mismas precauciones, la misma cautela. Una vez dentro, pegado a la pared, encendió la linterna y paseó la luz en torno.

Allí estaba.

Una silla derribada. Una vieja, antigua silla de madera con complicadas tallas, caída en el suelo. Y en el polvo del suelo huellas de pies.

En la oscuridad alguien había tropezado con la silla, derribándola.

Empezó a temblar, porque en el cuarto no había nadie. Y nadie había podido salir de allí desde que sonara el estrépito…

Tardó un poco en darse cuenta de que la ventana no estaba bien cerrada. Fue el aire frío lo que le alertó.

El acabó de abrirla. Había una buena distancia hasta el suelo. Si un hombre había saltado por allí o era un atleta o un suicida.

Barrió las sombras del exterior con la luz, a un lado y a otro.

Excepto girones de niebla no vio nada.

Hubo de apoyarse un instante en el repecho de la ventana. grueso como los pétreos muros, porque sentía que le faltaban las fuerzas. La tensión le agotaba, y el pánico y la incertidumbre.

Al fin retrocedió abandonando la polvorienta habitación. Ni siquiera atinó a cerrar la ventana, pero si la puerta, a sus espaldas.

Allá fuera, la niebla se espesaba por momentos, alzándose como un sudario, lamiendo los muros, azotada a ráfagas por el aire inquieto.

De la ventana más próxima a aquella que quedara abierta pareció desgajarse un girón de oscura niebla. La silueta de un hombre que permaneciera oculto en el ventanal. Cautelosamente apoyó los pies en una cornisa que corría a lo largo de la fachada y moviéndose con lentitud fue recorriendo la distancia hasta la ventana abierta.

Era apenas una sombra en las tinieblas. Una sombra alta, elástica y ágil que parecía pegarse al recio muro como un lagarto.

Se deslizó por la ventana abierta y desapareció. La ventana fue cerrada desde el interior y allá fuera sólo quedó la niebla y el viento.

CAPITULO XII

En el rellano. Wolf apagó la linterna y apoyándose en la baranda de piedra espero que dejaran de temblarle las piernas.

Ahora sabía que había un intruso en los alrededores, alguien que había escapado por aquella ventana. Alguien que rabia registrado su equipaje y derribado una silla, y eso era tanto como admitir que se trataba de un ser de carne y huesos. un hombre al que podía matarse con un buen pedazo de plomo.

Wolf respiró hondo, porque él sabía cómo entendérselas con un hombre pistola en mano.

Entonces, allá abajo, en el vestíbulo, de nuevo oyó un rumor y vio un fugaz movimiento cerca del portalón de entrada.

No encendió la linterna. Ahora obraba con seguridad. Sabía qué tenía que hacer. Levantó la pistola poco a poco y esperó.

Vio moverse con lentitud la puerta. Había alguien allí sin ninguna duda.

Sus ojos estaban ya habituados a la oscuridad, así que distinguió la sombra más oscura junto al portón. Apenas pudo contener el grito de euforia cuando apretó el gatillo dos veces.

Los estampidos de la potente automática atronaron el silencio, retumbaron como cañonazos repitiéndose en mil ecos, pero incluso en medio del estruendo oyó perfectamente el ronco grito de muerte y luego el golpe de un cuerpo al caer.

En esta clase de lucha Wolf no le temía a nadie. Agazapado, se deslizó hasta los primeros escalones, aguardando la menor señal de vida allá abajo.

No captó nada, ni un suspiro.

Dos balas de una Magnum eran capaces de tumbar un elefante.

Paso a paso descendió los peldaños, silencioso como un gato. Vio un oscuro bulto caído junto al portón cuya puerta estaba abierta lo suficiente para dejar paso a un hombre. La cerró de un empellón y corrió los cerrojos. Le pareció que oía voces contenidas en el exterior, pero no estaba seguro de eso. En cambio, era seguro que había un tipo despatarrado en el suelo.

Encendió la linterna y lo alumbró.

Dio un grito agónico, ahogándose.

Aquel hombre era René.

Había matado a su propio compañero.

Retrocedió a trompicones, enloquecido por todo lo que estaba sucediendo en esa noche infernal. Se detuvo al pie de las escaleras, allí donde llegaba, mortecina, la luz del salón en el que un leño crepitó en la chimenea.

A pesar del frío polar estaba sudando. Un sudor frío, de angustia y terror.

Luchó por calmarse. Sólo entonces pensó que si René había entrado, los demás debían estar también allí, en el exterior. Armand y Brake...

Tenía que llamarles, explicarles... pedirles ayuda...

Y, sobre todo, huir.

Entonces vio la sombra alargada extendiéndose por el cono de luz del salón. Se volvió velozmente, conteniendo un grito.

La mujer estaba en el umbral, alta, majestuosa, desnuda.

Wolf quedó paralizado de estupor. Pensó que estaba volviéndose loco. No podía ser de otra manera.

Ella le miraba con una extraña sonrisa en su rostro hierático. Era tan hermosa como la misma tentación, y, mientras estaba paralizado mirándola, tendió los brazos en una muda invitación. El aire pareció modular un susurro:

—Ven...

Wolf parpadeó creyendo que estaba siendo víctima de una

alucinación. Aquello no podía ser… ella estaba muerta.

—Ven… tómame…

Nunca supo si oyó aquel enervante susurro o sólo fue producto de su imaginación.

Sin embargo, ella estaba allí, los brazos tendidos, ofreciéndose con toda su sensual belleza. Su cuerpo era tan hermoso que daba vértigo, a pesar de la marmórea blancura de su piel.

—No comprendo… tú… no puedes estar aquí —balbuceó Wolf.

Ella movió apenas la cabeza. Retrocedió un paso hacia el salón, donde había luz, y calor.

Wolf apenas razonaba. Todo en su mente era confusión, un caos. Dio un paso hacia ella, y confusamente trató de pensar en lo que tenía que hacer… lo que iba a hacer antes de que ella apareciera…

La puerta, eso era.

—Ven… tómame.

De nuevo el susurro en el aire. O quizá fuera el mismo aire que respiraba el que modulara las palabras enervantes.

La mujer retrocedió un poco más dentro del salón iluminado. La luz y el resplandor de la chimenea dibujaron arabescos en su cuerpo, filigranas de luces y sombras, resaltando las hermosas caderas, y los agresivos pechos… y aquellas piernas largas, una delicia…

Wolf emitió una suerte de quejido animal. Apenas podía pensar con claridad.

Vaciló. Dio unos pasos, como atraído por una poderosa fuerza. Se detuvo, la mirada fija en ella, la mano que empuñaba la pistola caída sin fuerzas a lo largo del cuerpo.

Al fin, subyugado, como en trance, Wolf echó a andar hacia la tentación.

La mujer se había parado junto al diván, delante de la chimenea. Wolf se detuvo a un paso de ella.

—Entonces, es cierto, estás viva…

—Tómame. Te deseo…

Casi se ahogó. Jamás, en toda su larga y turbulenta vida, una mujer había mostrado tanto deseo por él, tantas ansias por que la poseyera.

Instintivamente, para hacer algo y vencer la extraña fascinación, añadió un montón de troncos al fuego. Luego, volviéndose, abrazó a la mujer y buscó los rojos labios con su boca.

Se le antojó un beso delirante, extraño, frío como el hielo y que, no obstante, le encendía la sangre como nunca antes consiguiera mujer alguna.

La lengua le acarició la boca. Luego, ella apartó la cabeza. Pero no le rechazó. No se separó. Sus dedos se enredaron en los cabellos de Wolf. Su boca descendió lenta, posesiva. hasta su cuello.

La lengua jugueteó unos instantes contra la tensa piel del hombre, en el cuello, en la yugular…

Entonces, un gruñido salvaje, los dientes se clavaron en la carne como puñales.

Wolf dio un salto, pero fue incapaz de desprenderse del abrazo de la mujer. Vio su propia sangre saltar contra aquella cara crispada y se debatió enloquecido.

Más allá del diván algo grande y negro se movió. Lo vio en medio del delirio de dolor y pánico. Un hombre alto, gigantesco, cubierto por una especie de negro sudario de la cabeza a los pies.

La siniestra aparición avanzó sin prisa. Wolf le veía cada vez más confusamente, como si su sangre inundando la cara, la boca y los pechos de la mujer formara un velo turbio ante sus retinas. El hombre llegó al diván y sacudió la cabeza echando atrás la capucha y dejando al descubierto su cabeza.

Wolf aún vio la horrenda cara cubierta de pelo, los ojos diabólicos… las manos como garras y el cuerpo desnudo debajo de la mortaja, un cuerpo cubierto de pelo áspero y negro.

En aquel instante, su corazón dejó de latir y eso fue una suerte para él.

CAPITULO XIII

Enfurecido, helado, empapado hasta los huesos, Brake gruñó:

—Larguémonos de una vez, Armand. Sean quienes sean, están dentro y han tumbado a René. No podemos hacer nada!

—Ni siquiera sabes cuántos son...

—Vámonos de aquí. Nos queda el cargamento intacto en el yate. ¿Qué más quieres?

—Quiero saber quién ha descubierto el negocio, quién está ahí dentro. Y quiero arrancarle la piel a tiras, todo eso es lo que quiero, Brake. ¿Lo entiendes?

—¡Maldita sea! Y que nos frían a tiros.

—¿Es que tú no sabes manejar una pistola?

Brake rechinó los dientes. Armand añadió sombrío:

—Además, todos los contactos saben que tienen que venir aquí en fechas fijas, a partir de pasado mañana. ¿Cómo los encontramos ahora para darles nuevas instrucciones? Y, lo peor aún, ¿en dónde les citamos?

—Muy bien, entonces busquemos el modo de entrar en este maldito caserón y acabemos de una vez.

—Hay otra entrada detrás, aunque supongo que también la habrán cerrado. Sígueme y vigila que no te sorprendan por la espalda.

Corrieron hacia la esquina sin ver nada a dos pasos. La noche y la niebla les envolvía igual que un negro sudario.

Armand se detuvo al fin, tanteando la puerta que había junto a un cobertizo. Apenas si pudo dar crédito a lo que sus manos le delataron.

—¡No está cerrada con llave! —exclamó con voz contenida.

Entraron en silencio, conteniendo el aliento para concentrar todos sus sentidos en el oído, tratando de captar algún ruido.

Nada.

El silencio era absoluto, denso como la niebla que dejaban atrás.

Brake susurró:

—Tú conoces el lugar. ¿Dónde estamos ahora?

—En una vieja cocina. Hay que atravesar todo el edificio para llegar a la parte delantera.

—Tú tienes una linterna, utilízala o nos romperemos el alma en esta oscuridad.

A regañadientes, Armand encendió una pequeña linterna eléctrica. La ruinosa cocina era tan grande como un apartamento normal de la ciudad.

La cruzaron hasta una puerta entornada. Más allá se abría un estrecho pasadizo, y luego había unos escalones. Subieron pisando como gatos.

Se encontraron en un largo aposento en el que quedaban los restos carcomidos de una enorme mesa, y montones de astillas que debieron ser las sillas del comedor.

Armand señaló con la luz una puerta cerrada.

Dijo en voz baja:

—Por allí se puede subir al piso de arriba —la luz se desplazó a un lado hasta detenerse en otra puerta—. Y ató hay una biblioteca llena de antiguos libros.

—Decídete por una de las dos.

—Sería mejor separarnos. Tú registras arriba y yo lo hago aquí abajo.

Brake soltó un juramento.

—Olvídalo. Yo no tengo linterna, y si hemos de pelear a tiros es mejor hacerlo juntos.

—Quizá estés en lo cierto… Vamos.

Se dirigieron a la puerta de la biblioteca. Armand musitó:

—El otro extremo de la biblioteca desembocaba en el vestíbulo. Ahora hay que tener cuidado.

Brake contempló, estupefacto, los cientos de volúmenes amontonados en las estanterías, cubiertos por el polvo y las telarañas.

—¿Qué diablos de lugar es éste? —rezongó.

— Una abadía, o un templo, o vete a saber. Hace siglos que está deshabitado. Vamos.

Armand apagó la linterna al llegar a la puerta que comunicaba con el vestíbulo. Con infinitas precauciones, abrió lo justo para atisbar por la rendija.

Al otro extremo descubrió la luz del salón. El vestíbulo, a excepción de lo que alcanzaba el resplandor mortecino de la luz de gas. estaba a oscuras, pero incluso así descubrió el bulto en el suelo, junto a la puerta.

Retrocedió y dijo en un susurro:

—René está ahí, muerto. Los intrusos deben estar en el salón, junto al fuego, porque es el único lugar donde hay luz.

—Bien, vayamos a saludarles —rechinó Brake, amartillando las dos pistolas que empuñaba.

Avanzaron con extremado sigilo, ansiosos por matar a quienes ponían en peligro su ingente negocio.

Justo cuando estaban al pie de las escaleras, arriba, en alguna parte, una puerta sonó al cerrarse. No fue un golpe fuerte, pero sí lo suficiente para oírlo en el absoluto silencio.

Los dos se detuvieron en seco. Armand susurró:

—Hay alguien en las habitaciones. Pueden pillarnos entre dos fuegos… Quédate aquí y vigila. Yo subiré arriba, y no te descuides.

Brake asintió. Sus ojos giraron en torno, vigilantes.

Cuando se volvió, Armand había desaparecido más allá del rellano

superior.

En realidad, Armand estaba agazapado en el pasillo de la derecha, indeciso porque había demasiadas puertas para su gusto.

Entonces, en el otro extremo de la izquierda, captó un movimiento y volviéndose gruñó:

—¡Quieto o disparo!

Nadie respondió. Todo quedó inmóvil, silencioso, hasta que oyó a Brake allá abajo.

—¿Lo tienes, Armand?

Este encendió la linterna y enfocó el pasillo. No vio a nadie, pero una de las habitaciones tenía la puerta abierta.

—Ya te tengo, maldito fisgón —refunfuñó entre dientes.

Avanzó pegado a la pared, con la pistola amartillada y ansioso por utilizarla.

Junto a la puerta se detuvo y apagó la luz. Ordenó con voz seca:

—¡Salga con las manos en alto, sea quien sea! Si me obliga a entrar dispararé primero y hablaré después.

Oyó el roce de unos pies. Incluso le pareció captar una respiración contenida.

Y en aquel instante, Brake lanzó un grito y luego aulló:

—¡Quieto, deténgase!

Inmediatamente retumbaron una sarta de disparos.

Armand titubeó sólo un segundo. Retrocediendo a saltos llegó al rellano y vio a Brake al pie de las escaleras, encorvado hacia adelante y con una pistola en cada mano apuntando hacia la puerta del salón iluminado.

Allí, erguido, sombrío, se alzaba un hombre grande cubierto por lo que parecía una capa negra.

Brake repitió:

—¡Muévete y...!

Armand chilló:

—¡Dispara, idiota, dispara!

Las dos pistolas de Brake llamearon en la penumbra. Los estampidos amenazaron con echar abajo los recios muros.

El hombre grande y negro echó a andar hacia Brake.

Armand no podía creerlo.

—¿Qué te pasa, adonde diablos disparas? ¡Mátale!

Incrédulo, Brake volvió a darle a los dos gatillos. De nuevo retumbaron las pistolas,

Pero el hombre no se detuvo.

Armand maldijo en todos los tonos. Apuntó cuidadosamente a la cabeza de aquella silueta negra y disparó.

La cabeza osciló un poco. Eso fue todo, porque el hombre no cayó.

—¡Maldita sea! ¿Qué pasa aquí?

Enfurecido hasta el delirio, Armand sujetó su muñeca derecha con la mano izquierda, apuntó de nuevo y esta vez envió una rociada de balas contra aquella negra figura que avanzaba lenta y majestuosamente.

No podía fallar, de eso estaba seguro.

Sin embargo, el hombre sólo se detuvo un instante y levantó la negra cabeza. Llevaba una suerte de capucha que ocultaba su rostro. Armand se quedó boquiabierto de estupor cuando le vio reanudar el avance hacia Brake.

Este empezó a disparar como un loco a medida que retrocedía. El otro no alteró el paso. Parecía no tener prisa alguna.

Al fin, Armand recuperó la voz y aulló:

—¡Escapa, Brake, corre!

Brake se detuvo cuando sus espaldas tropezaron contra la puerta de

la biblioteca. Desde allí gritó:

—¡Debe llevar chaleco antibalas, voy a disparar a las piernas, Armand!

—¡Huye, idiota, huye...!

Brake apuntó cuidadosamente ahora. Las dos pistolas efectuaron un sólo disparo cada una. Ya no quedaban más cartuchos.

El hombre ni se inmutó. Con sus pasos calmosos llegó junto al cadáver de René y se detuvo allí, un poco inclinado hacia adelante.

Brake tanteó la puerta a sus espaldas.

El hombre cubierto de negro extendió los brazos y la capa formó como unas alas enormes, dándole cierta semejanza con un gigantesco murciélago.

De la figura surgió el murmullo de una voz ronca, chirriante como el roce de metales. Brake distinguió las manos alzadas. Unas manos grandes, amarillentas y de piel semejante a pergamino viejo.

Se le antojaron garras.

La voz subió de diapasón, ronca y sombría, estremecedora en la quietud del caserón. Brake apenas si atinaba a razonar, sugestionado por lo que estaba viendo.

Algo se movía al amparo de los brazos extendidos del gigante negro. Era como si el vuelo de la capa sostuviera un peso... un gran peso vacilante...

Cuando el hombre cubierto de negro retrocedió un paso, René estaba de pie, rígido, moviendo la cabeza de un lado a otro igual que un péndulo.

Brake sintió que se le erizaba el pelo. Sobre el pecho del gigante, empapándole la camisa, había un mar de sangre, y los agujeros de los balazos que le habían matado.

Sin embargo, se había levantado y allí estaba.

—¡René...! —jadeó sin voz.

De nuevo se alzó el bronco murmullo debajo de la capucha negra. Como obedeciendo una orden, René giró sobre los pies y avanzó hacia

donde estaba Brake.

Éste chilló, empavorecido. Empujó la puerta a sus espaldas disponiéndose a echar a correr.

La zarpa de René le atrapó por el cuello. Una fuerza descomunal le alzó en el aire y presa de pánico pateó y comenzó a golpear la cara inexpresiva del que fuera su compañero.

—¡Suéltame, maldito! ¿No me reconoces o qué? ¡Soy Brake! ¿Recuerdas, René? ¡Soy George Brake…!

René caminó sin prisas hacia el salón, llevando a su presa en el aire como si fuera un muñeco. Tras ellos, la silueta negra les siguió.

Delante de la chimenea, en la que se alzaban enormes llamas de un gran montón de troncos, Brake vio a la mujer desnuda cubierta de sangre de la cabeza a los pies y se quedó sin aliento.

Luego, descubrió lo que había en el suelo y comenzó a aullar como una bestia.

Sin aparente esfuerzo, René le alzó más aún, para arrojarle después violentamente a los pies de la mujer, sobre aquel mar de sangre… sobre aquellos despojos.

CAPITULO XIV

El asombro, la incredulidad, y una especie de terror animal en parte provocado por la incapacidad de comprender lo que había visto, mantenía a Armand paralizado y rígido junto a la balaustrada, en el rellano.

Se le antojaba todo aquello una absurda pesadilla, como un mal sueño abominable del que -luchaba por despertarse.

Tras él, moviéndose en silencio, un hombre alto, apenas una sombra más densa, se detuvo y una pistola se hundió en la espalda de Armand, al tiempo que una voz ordenaba en susurros:

—¡No te muevas, Blunt, o disparo!

Se puso rígido. El susurro, a sus espaldas, añadió:

—¡Suelta la pistola, vivo, suéltala!

Abrió los dedos y el arma cayó al suelo con un golpe seco y resonante.

—Apoya las manos en la baranda. No te vuelvas, no hagas nada.

Obedeció rechinando los dientes. Una mano hábil y ligera le registró, librándole de un achatado revólver que llevaba en un bolsillo.

—Ahora puedes volverte... con mucho tiento.

Giró sobre los pies para enfrentarse al hombre que le había cazado. Este era alto y fuerte, pero en la oscuridad no pudo verle el rostro. Parecía joven.

—¿Quién eres? —indagó conteniendo la ira que le invadía.

—Inspector Langford, del Yard.

—¿Policía?

—Cierto. ¿Qué está sucediendo allá abajo?

—¡Dios! Algo... algo que no parece de este mundo.

—Bueno, ahora iremos a verlo. Coloca las manos a Ía espalda, voy a esposarte.

No opuso la menor resistencia. Estaba alelado.

—He visto levantarse un muerto... y un hombre al que las balas no le hacen mella...

—¿Has perdido la chaveta o qué? --las esposas chasquearon al cerrarse en torno a sus muñecas. Se volvió de nuevo. El policía sacudió la cabeza y añadió—. ¿Cuántos de tus hombres hay abajo?

—Uno... si es que aún está vivo. ¿No le oyó gritar? Creí que le descuartizaban... esos alaridos... y todo lo demás.

—¿Quiénes hacían eso?

—¡Le digo que no lo sé!

Langford titubeó.

—Camina hacia esa habitación de ahí. a tu izquierda. Quiero saber un par de cosas antes de ocuparme de los otros.

—¿Cómo llegó aquí, cómo supo todo esto, y mi nombre?

—Demasiadas preguntas a la vez. Entra.

El policía cerró la puerta a sus espaldas y encendió una linterna eléctrica, enfocando la cara crispada de su prisionero.

Entonces dijo con voz queda:

—Llegué por mar. con una motora. He registrado toda esta planta, pero no encontré nada de lo que buscaba. ¿Dónde está el cargamento, Blunt?

—Lo sabe usted todo, ¿eh?

—Ni mucho menos.

—¿Es que no piensa hacer nada con esa gente de allá abajo? Deben haber matado a Brake, y a los otros dos que llegaron aquí primero. Y

René...

—Cuando yo llegué aquí no había más que un hombre. Me oyó y trató de cazarme... No es muy listo y estaba asustado.

—¿Cómo lo supo, inspector?

—Siempre hay filtraciones en un negocio tan grande. Porque es muy grande, ¿eh? —dejó escapar una risita entre dientes—. ¿Cuánto, Blunt?

—Mil millones de dólares. '

Un apagado silbido fue toda la respuesta que obtuvo. Con voz asombrada, Langford comentó:

—Aunque sólo te quedara el treinta por ciento... es un buen pico, ya lo creo. Toda Europa hubiera sido invadida por esa montaña de dólares falsos distribuidos desde aquí por los «corredores especializados». Ahora dime dónde están y podremos ocuparnos de tu socio y los demás.

Armand titubeó. Sabía que estaba acabado, que e! inmenso negocio se había ido al traste. Además, estaba lo que viera. Y Brake que había aullado como si... como si lo despedazasen vivo antes de callar. Y ese maldito lugar, y aquel hombre cubierto con la capa negra al que las balas no le hacían ni cosquillas...

—En un yate —jadeó—, Al otro lado del acantilado.

—Ya veo. Bueno, vamos a ver qué pasa en el salón de abajo. Estoy helado y allí hay fuego en la chimenea.

—Escuche, quien sea que está allí no parece siquiera de este mundo... Le disparé y ni se inmutó. Y Brake le disparó bala tras bala y nada... No lo comprendo. Hizo que René se levantara y estaba muerto. René nunca hubiera atacado a Brake y sin embargo fue quien le cogió...

—No me digas que un tipo como tú cree en fantasmas o aparecidos, Blunt. A mi modo de ver, se trata de competidores tuyos que planearon quedarse con el negocio sin invertir un penique. Vamos.

—¡Maldita sea, tiene que creerme! No podrá matarlos con una pistola.

—No pienso matarlos si puedo evitarlo. Quiero cazarlos vivos.

Armand se sintió empujado hacia la puerta. La linterna se apagó cuando salieron al pasillo, y a oscuras bajaron cautelosamente las escaleras.

Abajo, en el vestíbulo, se detuvieron un instante. Del salón les llegó algo parecido a un sordo gruñido, una voz que no era voz.

—Cuidado ahora, Blunt, porque si delatas nuestra presencia imagino que lo pasarás muy mal. Adelante, camina.

En completo silencio llegaron a la puerta de! salón.

Y allí se detuvieron como heridos por un rayo.

Armand dejó escapar tal alarido que más pareció e! aullido de una bestia. Tras él, Langford sintió que se le aflojaban las piernas y vaciló, incrédulo.

Entre el enorme diván y las enormes llamas de la chimenea había un mar de sangre, y dos cuerpos que apenas conservaban nada de su forma humana.

Más allá, de pie semejante a una figura de madera, el corpulento René parecía ajeno a todo lo que le rodeaba. Tenía el pecho cubierto de sangre y podían distinguirse perfectamente dos grandes orificios de bala.

Pero lo peor eran los otros dos.

La mujer desnuda y que no obstante parecía haberse vestido de rojo. Reía en silencio de cara a las llamas. De su boca crispada en una extraña mueca goteaba sangre.

Y junto a ella, alto, enorme y poderoso, el hombre de la capa negra estaba girando poco a poco hacia ellos.

Vieron su rostro, una carátula que reflejaba toda la maldad del infierno, y sus ojos diabólicos y fulgurantes cual si reflejaran en sus profundidades las llamas del fuego. Tenía el cuerpo desnudo cubierto de pelo como un animal, que la sangre amazacotaba.

Langford jadeó entre dientes:

—¡Dios! ¿Qué es eso?

—¡Dispare, dispare o nos harán lo mismo…!

El monstruo emitió un chirriante sonido y se movió, apartándose de la chimenea.

Langford aún gritó:

—¡Quieto donde está!

Armand trató de retroceder pero las piernas no le obedecieron.

Sólo cuando el gigante se puso en marcha Langford apretó el gatillo. Sin duda, la bala le acertó en el pecho, pero no le detuvo. Ni siquiera pareció advertir el golpe, ni lo acusó.

Estupefacto, Langford se deslizó a un lado, con la espalda pegada a la pared del salón. Hizo fuego otra vez con el mismo resultado y entonces sí sintió que el miedo se adueñaba de sus sentidos.

Armand trató de retroceder cuando las zarpas de aquel ser infernal se tendieron hacia él. Trastabilló y cayó de costado, entorpecido por las manos sujetas a la espalda. Desesperadamente, se arrastró hacia donde estaba el policía, que ahora ya no titubeaba. Oyó retumbar la pistola una y otra vez y cuando se levantó junto a Langford, éste tenía la cara lívida y el terror se reflejaba en su mirada.

—¡Corra! —chilló.

Langford no se movió. A pesar del pánico intentaba con todas sus fuerzas controlarse y reflexionar para encontrar una razón a cuanto sucedía.

Armand se apartó a trompicones. Desde el otro lado del diván, la mujer desnuda le tendió los brazos, como invitándole, llamándole sin voz.

Enloquecido, fuera de sí, Armand empujó el diván con todas las fuerzas que el terror le permitió. El mueble golpeó a la mujer lanzándola contra René. Los dos se tambalearon y luego quedaron muy quietos, mirándole con ojos vados de toda expresión, con aquellos ojos muertos que daban grima.

Armand jadeaba como un animal acorralado. No razonaba, convertido en una masa de nervios luchando por vivir.

Oyó el sonido de aquella voz chirriante a sus espaldas y se volvió

cuando Langford le gritaba algo. El monstruo se dirigía ahora hacia él, y sus ojos sí tenían vida, una vida demoníaca que se desbordaba de ellos como un torrente de maldad.

Sintió que sus piernas no le obedecían, que era incapaz de reaccionar. Aquellos ojos llameantes le paralizaban convirtiéndole en puro terror.

Langford volvió a gritarle que huyera. Luego, el policía se lanzó salvajemente contra aquel ser del infierno.

Se tiró materialmente en el aire con todo su tremendo ímpetu. Cayó contra la espalda del monstruo igual que una bala de cañón y el gigante fue empujado contra el respaldo del diván, dio una voltereta por encima de éste y, casi rozando a Armand, voló dando tumbos para hundirse en medio de las llamas de la chimenea.

Del fuego brotó un bramido horrísono, y una inmensa llamarada culebreó desbordándose por todas partes mientras aquel cuerpo monstruoso se retorcía, chisporroteaba y aullaba convertido él mismo en pura llama.

Langford había caído de rodillas después del tremendo choque. Entonces se irguió, aturdido y temblando. Vio lo que sucedía y miró a Armand, que parecía una estatua mirando también aquel fuego diabólico con la boca abierta y los ojos desorbitados, como si fueran a caerle fuera de las órbitas.

Y de pronto, entre las llamas no quedaron más que los troncos ardiendo, las cenizas, el calor. Del monstruo no había el menor rastro.

En el mismo instante, el corpachón de René se derrumbó con un golpe sordo. Junto a él, la mujer dobló las rodillas y quedó hecha un ovillo en el suelo.

Langford dejó escapar el aire retenido en sus pulmones. Sonó igual que una queja. En el pecho de la mujer desnuda aparecieron dos enormes agujeros, uno de ellos casi destrozándole el seno derecho. Los orificios de salida de dos proyectiles de gran calibre. Al mismo tiempo, aquel cuerpo pletórico, bello, se ablandó con los primeros síntomas de la descomposición.

Tras él, Armand sollozaba histéricamente, fuera de sí.

Ninguno de los dos habló durante un largo tiempo. Langford encendió un cigarrillo, recostado contra la pared, la mente convertida

en un caos.

Al fin, Armand giró' sobre sus pies poco a poco, dando la espalda a todo aquel horror.

—Usted lo vio... —dijo castañeándole los dientes—. Lo vio igual que yo...

—Sí.

—¿Qué... qué era ese hom... esa cosa?

—Me gustaría saberlo. ¿Estás bien?

—Sí... No sé, creo que sí. ¡Dios, jamás pensé alegrarme de tener un polizonte al lado! Usted... usted me ha salvado.

—No creas que has ganado mucho. Te espera buena cuando salgamos de aquí.

Armand sacudió la cabeza. Entonces, todo el pánico, todo el terror vivido pareció condensarse de golpe en sus sentidos y se desmayó ante la mirada asombrada del inspector Langford.

CAPITULO XV

Habían encendido fuego en la chimenea de la biblioteca. Armand estaba sentado ante la lumbre con la mirada fija en las llamas, aún aturdido, pero alegrándose de estar vivo aunque el gran negocio de su vida se hubiera esfumado.

Más allá, bajo la luz que entraba por los sucios cristales del ventanal, Langford examinaba uno tras otro la multitud de libros polvorientos.

Llevaba así todo el día, y ya eran más de las cinco de la tarde.

—¿Piensa quedarse a pasar la noche aquí? —rezongó Armand, impaciente.

—Hasta que lleguen refuerzos, para hacerse cargo del yate y los billetes. Por radio dijeron que estarían aquí antes de la noche.

—Mire, yo no me quedo otra noche en este lugar, inspector.

—¿De qué tienes miedo? Ya pasó todo.

—De eso quisiera estar seguro... ¿Qué hay en todos esos libracos?

—Quizá parte de la explicación de cuanto sucedió, de todo eso increíble que vivimos tú y yo.

Siguió descifrando la complicada escritura. De vez en cuando soltaba una exclamación, un gruñido de asombro e incredulidad.

La luz, en el ventanal, comenzó a declinar.

Armand gruñó:

—¡Otra noche...! ¿Es que no tiene usted nervios ni sentido coman?

—Quédate aquí, voy a dar un vistazo ahí fuera.

Armand se levantó de un brinco.

—¡Eh, espere un minuto!

—¿Tienes miedo?

—¡Maldita sea, claro que tengo miedo!

Con las manos esposadas a la espalda, siguió al policía hasta el exterior. Espesas nubes rodaban por un cielo oscuro y amenazador pero ya no soplaba el viento y el frío era menos intenso.

Langford miró en torno, orientándose. Luego echó a andar hacia el cementerio.

Asombrado, Armand exclamó:

—¡Eh, oiga, eso es…!

—Justamente. ¿No ves las lápidas? Algo debió suceder que le infundió vida, si hemos de creer lo que dicen los libros…

—¿De qué infiernos está hablando?

—Precisamente del infierno, amigo Armand.

Entre matorrales, caminaron mirando en torno hasta descubrir la tierra amontonada allí donde Wolf y Albert descubrieron la fosa y el ataúd vacío.

Sólo que ahora ya no estaba vacío.

Había los carcomidos huesos de un cadáver, y la negra tapicería estaba podrida y convertida en polvo.

Armand balbuceó:

—¿Cree usted que… que…?

—Mira esa lápida, Armand.

Este leyó dificultosamente:

—*Zirkayan… no muerto…*

—«Ahora está muerto». Sólo las llamas podían destruirle. Y la sangre volverle a la vida. Sangre de la víctima de un sacrificio como los que ellos practicaban en su culto a Satán.

Armand dio un respingo.

—Pero, hombre, ¿de qué está hablando?

—Adoraban a Satán. ¿Nunca oyó hablar de los adoradores del demonio? Sectas satánicas y cosas así. Ofrecían sacrificios en sus ceremonias negras, practicaban toda clase de aberraciones...

—¿Quiere decir que el monstruo que vimos era uno de ellos?

—Supongo que sí. Maldecido por el infierno según los escritos, de manera que eso ya te dará una idea de la clase de individuo que debía ser.

Armand sentía escalofríos en toda la piel. De nuevo miró la lápida, y luego el informe montón de huesos del ataúd.

—Zirkayan —murmuró—. Así arda en el infierno.

Langford dijo:

—Vamos, habrá que volver a cubrir esta sepultura cuando lleguen los demás.

Regresaron sin prisas. El crepúsculo cayó antes de que ellos llegaran al portalón de entrada.

Allí, Langford comentó, no sin ironía:

—Blunt, tuviste un acierto del demonio al alquilar este lugar.

—Yo... creí que era el sitio ideal. Y pudo haberlo sido...

—Quizá, si no fuera en realidad el Templo de Satán.

—¿Qué?

—Eso dicen los libros. Vamos, entra. Estoy helándome. Ya no pueden tardar en llegar. Entonces nos iremos de aquí.

Entraron. El portón se cerró.

Todo fue silencio.

FIN